

se



El muro

Óscar
Hernández-Campano

Lectulandia

El muro, la nueva y sorprendente novela de Óscar Hernández-Campano, autor versátil que cuenta con varios éxitos a sus espaldas, es una novela que busca remover conciencias e invita a la reflexión, poniendo sobre la mesa temas como las migraciones, el medio ambiente, el uso inconsciente de la tecnología o la búsqueda de colectivos a los que culpar en los momentos de crisis sociales. También hay un hilo de esperanza que está representado por el amor hacia la pareja del protagonista y por el acto de la lectura, entendida como ancla para la cordura en un mundo que se desmorona.

El muro es un texto duro, intenso, absorbente, que se mueve entre la distopía y la ciencia-(cada vez menos)-ficción. Aunque también podría ser entendido simplemente como un relato de amor, de amor a la pareja, a la humanidad y al planeta que nos acoge.

En un futuro cercano, un país rico decide terminar con toda inmigración. Para ello, y usando los últimos avances científicos y tecnológicos, planta un muro que lo aislará del resto del mundo. Pero algo sale mal: el muro crece sin control, elevándose hasta interceptar las nubes y sumiendo al país en una sequía infinita.

Años después, un científico camina por un páramo yermo. Lo hace con dificultad, luchando contra el frío y la ventisca, acompañado únicamente por un viejo libro que relee cuando descansa, tratando de conjurar así la locura. A cada paso, se acerca más al muro, al gigante que prometió abatir. Se lo juró a su amor, otro científico que falleció entre sus brazos.

Óscar Hernández-Campano

El muro

ePub r1.0

Titivillus 08-08-2024

Título original: *El muro*

Óscar Hernández-Campano, 2020

Imagen de portada: Juanma Samusenko

Revisión y corrección: Nacho Esteban Fernández

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Ni del hermano hay consuelo en la mala hora,
en la oscuridad al pie del muro.

Los desposeídos, Ursula K. Le Guin

~

Avanzar hacia el muro me parece lo mismo que perseguir un espejismo. Lo intuyo, lo vislumbro, lo descubro, allí, en el horizonte, recostado sobre el fin del mundo en su inmensidad inexpugnable. Camino despacio; este viaje, este desafío, no admite prisas. Decidí llegar al muro, decidí alcanzar el fin del mundo y destruirlo. Me llamaron loco, insensato, estúpido, suicida. Quizá tengan razón. Lo que no voy a hacer es desfallecer por el camino; por esa razón camino despacio. Como se decía antaño: sin prisa, pero sin pausa. Con pasos firmes, decididos, que no admiten vuelta atrás.

El viento arrecia con fuerza desde el oeste. El polvo y la arena me atacan, arrojándose a la cara, la única parte de mi cuerpo que está expuesta al aire. Me protejo los ojos con gafas de motorista, ajustadas a la piel con gomas recias que los aíslan del exterior encapsulándolos en sendas burbujas de vidrio oscuro, manteniéndolos a salvo de los elementos. Mi piel se resentirá, pero mantendré los ojos a salvo. Son demasiado importantes aquí, de camino hacia el muro.

Salí del centro de refugiados hace poco menos de un mes. Alguien debía intentarlo. La resignación no nos traería nada nuevo, tan solo lo que ya conocíamos: muerte, desolación, silencio y olvido. No quiero que nos olviden, que nos vayamos consumiendo en este desierto ventoso, que nuestros cuerpos se sequen, se pudran y se apergaminen con el paso del tiempo hasta confundirse con el polvo, la arena y el viento reinantes para, al final, desaparecer. Alguien tenía que hacer algo. Además, lo prometí. Se lo prometí.

Camino con pasos firmes, lentos, seguros. Un pie, luego el otro. Izquierdo y derecho, izquierdo y derecho. Un metro cada vez, un metro más cerca del muro. Sin parar, sin dudar, sin volver la vista atrás. Mis huellas quedan a mi espalda durante unos instantes, impresas en el polvo tan solo el tiempo que la ventisca tarda en borrarlas. Una luctuosa metáfora de la vida. Soy como una nave que cruzara el mar y cuya estela blanca va desapareciendo tras de sí, extinguiéndose enseguida cualquier vestigio de su paso. Tras de mí, la nada. Mi camino hacia el muro deja atrás huellas efímeras como el eco de los gritos

de los niños que pedían ayuda, como el auxilio que no supimos dar a tiempo a esta parte del mundo.

Estoy bien abrigado. Botas, pantalones, varias prendas interiores, un abrigo con capucha, guantes y una bufanda larga que rodea mi cuello en dos o tres vueltas. Ropa recia, cálida y ligera. Me protege del frío intenso por la noche y del viento cruel, lacerante y enloquecedor durante el día; en cambio, nada puede salvaguardarme de los recuerdos que llaman constantemente a mi memoria. Aunque me molesta, me pongo la capucha a menudo. La anudo bajo la barbilla. El silbido amenazante del viento, una especie de lamento siniestro, se amortigua. El impacto de la arena en mi rostro se reduce. Sin embargo, no aguento demasiado así, tan protegido, tan aislado del exterior, tan expuesto a mis recuerdos, a los fantasmas que llevo conmigo, a los ecos de mi pasado, de la casa de mi madre, del piso que compartí con él, del trabajo, del caos que sobrevino, del centro de refugiados. Me bajo la capucha, me protejo boca, nariz y orejas con la bufanda y sigo adelante. La barba, que ha crecido bastante durante estas jornadas, también me ayuda; hace las veces de escudo y protege mi rostro. De noche sí me abrigaré más. Me calaré la capucha, me envolveré bien con la bufanda. Despareceré como un insecto en su crisálida o como aquel reptil que vivía en un caparazón. Mi mente está abotargada; no recuerdo su nombre. Se extinguió hace tiempo, como tantas otras especies. Pronto nos reuniremos con ellas en el vacío final. Me cuesta trabajo recordar nombres y otros conceptos sencillos, cotidianos, banales. Recorro los recovecos de mi memoria tratando de alcanzar una palabra, pero se me escapa; se me esurre entre los dedos cuando creo haberla atrapado. Será el hambre, será el dolor, será una manera de ir desapareciendo. Me detengo. El día empieza a declinar. Necesito descansar, comer algo, dormir y recuperar fuerzas para continuar mi camino hacia el muro.

Cargo con una bolsa de piel a la espalda. No llevo más ropa que la que visto. Mi único equipaje consta de alimento, agua, el parapeto para protegerme del viento por la noche y un libro. Preparé esta travesía con tiempo. Atesoré raciones que me quitaba de mi asignación. Otras las sustraje del almacén cuando nadie vigilaba. Cada vez que lo hacía me fustigaba la culpa; el hecho de pensar que alguien, quizás alguno de los niños que malvivían con nosotros, se quedaría un día sin su ración porque yo la había robado. No obstante, aprendí a dominar esas ideas, aprendí a desterrarlas diciéndome a mí mismo que, en realidad, le iba a ahorrar un día de agonía. Oculté aquellas raciones bajo mi catre, con paciencia, como una hormiga preparándose para el invierno. Un par de meses: eso es lo que calculamos que

se tarda en llegar al muro a pie desde el centro de refugiados. Pero qué hacer una vez que lo alcance es una pregunta a la que nadie me ha sabido dar respuesta. No descubrimos la manera de atravesarlo y tampoco creo que sea posible excavar un túnel por debajo. Por eso atesoré tantas raciones, que divido en dos o incluso en tres partes a fin de que duren más, porque sé que llegar ante el muro es solo el principio. También voy bien provisto de agua, varios litros de hidratante concentrado. Agua enriquecida, la bautizamos. Un sorbo de ese líquido con textura de gel equivale a beber un litro entero. Un milagro de la ciencia en su lucha contra la sequía, de aquellos tiempos en que aún había científicos, proyectos y esperanza. La jefa del comité científico replicó el descubrimiento en el centro de refugiados. Salvó la vida a muchos. O alargó el tiempo de espera, los días de desesperación de los condenados. El agua, en todo caso, es vida. Unos pocos litros serán suficientes para mi viaje. Si no tengo éxito, poco importará que viva, muera o que vuelva. Regresaría a un cementerio, a morir y a ser olvidado entre miradas desilusionadas. Prefiero no tener que volver; es mejor que los que dejé atrás conserven la esperanza. No, regresar no es una opción; no hay adónde hacerlo ni motivo para ello.

Determinación, desesperación, un halo de esperanza y una promesa. Esto también forma parte de mi equipaje. Hace más de un año una científica, una eminente doctora, nuestra líder, partió hacia el muro. Se fue a lomos de una motocicleta, arrastrando un carro con provisiones, aerogeneradores, un motor eléctrico y algo de material científico. Era la última esperanza de un grupo de supervivientes, la única capaz de enfrentarse al muro. Eso creímos, en eso depositamos nuestras esperanzas. La aprovisionamos y la vimos alejarse dejando tras de sí una nube de polvo, un entelado ocre que acabó por volverla invisible en pocos segundos. La arena que arrastra el viento es como una niebla, como un manto que lo cubre todo. Observábamos su partida, su fusión con el vendaval colmado de polvo y arena, tras el cristal del centro de refugiados. El sol se precipitaba hacia el poniente, la moto se alejaba y su imagen acabó por fundirse con la estepa.

No ha regresado. No sabemos si logró atravesar el muro, horadarlo, encontrar su talón de Aquiles, pedir ayuda o sobrevivir. La esperanza de que tuviera éxito fue reduciéndose al mismo ritmo que nuestras raciones, cada vez más exigüas, y que nuestros cuerpos, siempre más débiles, más delgados y más pálidos. Arreciaba el hambre, pero, sobre todo, la desesperanza. No podía seguir esperando, no soportaba los gemidos agónicos, profundos, resignados y rendidos de las madres al ver desfallecer a sus criaturas, reducidas a un pellejo con ojos; no podía tolerar los lamentos de los viejos añorando en voz

alta los tiempos antiguos, antes del muro, cuando la tierra era fértil, cuando el cielo se cubría de nubes, cuando la vida florecía bajo lluvias vivificadoras y la sonrisa reinaba en nuestra patria, generosa y abundante en bienes. Ya no quedaba casi nadie que recordara el mundo antiguo cuando la doctora emprendió su camino. Y los recuerdos que habían pasado de generación en generación se iban desdibujando en la memoria de los pocos supervivientes, que formábamos un grupo patético y condenado cuando decidí que tenía que intentar atravesar el muro, derribarlo, vencerlo, aunque fuera a patadas. Aún tardé semanas en preparar el viaje; en ese periodo los sollozos empezaron a dejar paso a silencios cada día más prolongados. Aquello fue peor que las quejas, que los gritos y la rabia que, de vez en cuando, explotaba en alguno de nosotros. El silencio significaba resignación y muerte. Los supervivientes del centro de refugiados pasábamos las horas tumbados en nuestros camastros, a media luz, cubiertos por viejas mantas descoloridas, observando una miríada de partículas de polvo flotando en el aire, descubiertas a nuestros cansados ojos gracias a los chorros de luz mortecina que se precipitaban desde las ventanas altas y sucias del dormitorio que compartíamos. No había nada que hacer. Todo lo que se pudo hacer ya se hizo.

Solo cabía esperar, ahorrar fuerzas e intentar no caer en las garras de la locura. Cada día se escuchaban menos conversaciones, menos quejas y menos voces infantiles. El tiempo nos miraba con paciencia, consciente de que en unas semanas más aquel edificio, aquellas almas, yacerían inertes, secándose, olvidadas, momificadas por el polvo y la arena que se colaba por cualquier rendija, sepultadas por las ruinas de una construcción que acabaría cayendo sobre nosotros y que, con los años, no sería más que una elevación del terreno cubierta de tierra y de más arena en medio del páramo. Me negué con todas mis fuerzas a ser pasto de la resignación. Quizá aquella decisión fue una especie de reacción inconformista causada por la suerte que había tenido en mi vida, por ser quien fui, por haber podido vivir mejor que la mayoría de la gente, que la mayoría de los que se consumían lentamente a mi alrededor en aquellos catres y que tal vez habían interiorizado desde la cuna las normas que aquella sociedad les había impuesto, las verdades incontestables que afirmaban que la suerte no se puede cambiar, que quien nace en un estrato vive y muere en él. Quizá sentí que les debía algo, que, si ellos habían malvivido desde siempre y yo solo me encontré con la cruda existencia de forma sobrevenida, les debía algo, un esfuerzo, un sacrificio. No pretendo ser un héroe, tampoco un mártir. Solo pienso en sobrevivir. La vida para mí había sido fácil, agradable y exuberante, repleta de lujos y caprichos, ajena a lo que

había más allá de los círculos en los que me movía. Hace poco tiempo, pocos años antes de este viaje, de esta travesía hacia el muro, desperté. No pude ser consciente del dolor que nos acechaba porque había pasado mi vida en el interior de una burbuja. Muchos sufrían desde hacía años la sequía, la escasez y la miseria mientras una minoría asegurábamos que exageraban, que si llovía menos era a causa de un proceso natural, cíclico, temporal, y que llegaría el ciclo húmedo y entonces se quejarían de que nunca salía el sol. Aseverábamos sin pudor, y yo el primero, que se quejaban porque ellos no podían disfrutar de aquel verano sin fin, como nosotros, nadando en nuestras piscinas, practicando deportes acuáticos en la costa o refrescándonos con cócteles helados. Cuando la arena del desierto y los páramos yermos rodearon nuestra vida artificial, no pudimos negar la evidencia. Sin embargo, ya era tarde. En realidad, fue tarde desde que se erigió el muro. En ese instante estuvimos condenados. Solo que no lo sabíamos; tardamos años en darnos cuenta.

No tuve que despedirme de nadie. Un día, a media mañana, preparé la bolsa, me abrigué, caminé entre los catres de moribundos, tristes y famélicos, y abrí la puerta del refugio. El sol brillaba con rabia, aunque la arena en suspensión mitigaba su luz, confiriendo al mundo un aspecto de ocaso perpetuo. Ni agua ni luz ni calor; vivíamos en el infierno. Porque el infierno es este lugar, un páramo desértico, frío, seco, triste, muerto y ventoso. Cualquier otro lugar me parecería menos perturbador. Si fuera de fuego, moriríamos de forma violenta, pero veloz. Si fuera de hielo, nos dormiríamos para quedar congelados en cuestión de minutos. Pero esta agonía que nos rodea hace que lo peor de nuestra existencia anterior sea liviano en comparación con el sufrimiento que el muro ha provocado. La muerte del mundo es desoladora, aunque la de aquellos que formaban parte de nuestras vidas es peor. Sobrevivir es el infierno. Y eso hemos vivido: el lento aunque constante fenercer de parientes, amistades y amores, de aquellas personas estimadas y admiradas, de los que eran solo conocidos, vecinos o presencias rutinarias en nuestras vidas. Poco a poco, todos se fueron yendo. Mi condena es haberlos sobrevivido. Lo menos que puedo hacer por todos los que ya no están es no morir en el camastro que ocupaba en el centro de refugiados e intentar lo imposible. Esta es mi expiación. Camino por todos ellos, atravieso el infierno por él, porque se lo prometí, y por mí.

* * *

El libro que llevo conmigo me ayuda a recordar quién soy, qué busco, por qué camino. A media tarde, cuando me detengo, monto el parapeto de lona con

dos barras de metal a ambos lados que clavo al suelo. Me protege del viento y, sobre todo, de la arena. Me siento entonces en medio del páramo y como media ración. Mastico despacio, saboreo la argamasa de nutrientes de la que está hecha imaginando que es un manjar como los de antes y me la trago con esfuerzo por la sequedad. Bebo un par de sorbos de agua enriquecida que me hidratarán durante veinticuatro horas. Después leo. Dispongo aún de un buen rato de luz natural para poder leer, para poder recordar cómo era la vida antes, para no olvidar de dónde procedo, quién se quedó atrás, qué pretendo. Luego la noche me asalta de repente, lúgubre, gélida y despiadada. Parece surgir de la nada. El sol cae a plomo sobre el horizonte, se precipita agotado, y la noche, que lo ha ido empujando hacia el ocaso, se apodera del cielo. Mis ojos, siempre detrás de los cristales, oscuros y sucios, se esfuerzan por continuar leyendo, por discurrir sobre las líneas de texto, por descifrar cada palabra, por recordarme que todavía estoy vivo. No obstante, el intento es fútil. La noche vence, cada día un poco antes, y en ese momento cierro el libro. Ya lo he leído seis veces. Y me refiero solo a esta travesía hacia el muro. Antes lo había disfrutado en diversas ocasiones. Cada día releo páginas que ya conozco, que ya aprendí, que memoricé, que ya disfruté hace tiempo, pero que cada vez que las abordo me dicen algo nuevo, me siguen descubriendo un matiz, una reflexión o una crítica que se me había pasado por alto. El libro fue el regalo de mi madre por mi décimo quinto cumpleaños. Un libro, en aquel momento, era ya un artículo de lujo. Los árboles morían a millares, secos, incendiados la mayoría, y no era posible reforestar un suelo moribundo. El papel se prohibió por completo cuando yo era un niño. Los libros ya impresos aumentaron su precio, como piedras preciosas cuya escasez las hace más valiosas. Pero mi madre era rica, una mujer que había vivido en la opulencia toda su vida. Y yo no conocí la escasez hasta muchos años después. De nuevo, había escapado a la realidad que ya consumía mi mundo. No podía saberlo entonces. Lo supe después, cuando mi madre falleció a causa del desabastecimiento de medicamentos. Volví a casa enloquecido. El equipo médico, de forma aséptica, me lo había explicado. Ya no quedan medicinas. Los suministros escasean desde hace tiempo. Las reservas se agotan. Las fábricas cerraron. Los almacenes se vaciaron. Los laboratorios detuvieron su actividad por falta de personal y de materias primas. Los científicos se han ido a casa con sus familias, aguardando lo inevitable. No podemos hacer nada más por ella. Lloré sin pensar que estaba desperdiando unas lágrimas insustituibles, un líquido que debería reponer con agua cada vez más escasa. Llorar es un lujo, escuché decir una vez. No lo entendí. Ahora ya lo sé.

Hemos aprendido a llorar a nuestros muertos sin derramar una sola lágrima, sin malgastar lo poco que queda. Pasado un rato, tras el desahogo, cuando recuperé el control, busqué el libro que ella me había regalado tantos años atrás. Lo había olvidado desde su última lectura en algún anaquel de mi casa, junto con los otros pocos volúmenes que pude adquirir en mi vida. A diferencia del dinero, del oro o de las joyas en los tiempos antiguos, el papel impreso costaba de adquirir, pero después nadie estaba interesado en robarlo. Ya no se reciclaba. No había agua para el proceso. Por tanto, los libros no se guardaban en cajas fuertes. Estaban a la vista y, quizás por ello, se perdían a menudo. Cuando lo encontré, suspiré y sentí una euforia extraña. Era como si, de alguna forma, hubiera salvado la vida a mi madre, como si el libro contuviera su alma, como si fuera el recipiente de su espíritu. Pasé la noche releyéndolo, riendo y llorando, redescubriendo en mi memoria párrafos enteros que una vez había memorizado. Me di cuenta entonces de que aquella historia tenía diferentes mensajes, varios niveles de información que pasaban desapercibidos si no se leía con calma, si no se releía o si uno se dejaba llevar por el género al que, en apariencia, pertenecía. Estoy seguro de que mi madre no sabía qué me estaba regalando. Creyó que era una simple novela. En realidad, me estaba salvando la vida. El alba que siguió a la noticia de la inevitable muerte de mi madre me alcanzó con el libro entre las manos, recostado en el sofá, dormido por el agotamiento, exhausto de dolor y sin lágrimas.

Recuerdo todavía la primera vez que lo leí. Las páginas eran nuevas, olían a imprenta y tinta y su blanco era inmaculado. Las cubiertas, diseñadas con elegancia y cuyos colores denotaban originalidad, se han ido consumiendo con el tiempo. Ahora las páginas ya no son tan blancas, el título y el nombre de la autora se han clareado por el sol, el aroma a nuevo ha dado paso a un olor que recuerda a la vainilla, a papel viejo. Sin embargo, es el libro que decidí llevar al centro de refugiados y, más tarde, traer conmigo a este viaje, el único libro que podría haberme acompañado en mi travesía, el libro que me puede asir a la cordura cuando el viento pugne por arrastrarme al reino de la locura. Leo, releo, hasta que la luz se ausenta. Entonces me pongo la capucha, que calo hasta los ojos, la anudo bien, envuelvo mi rostro en la bufanda, me acurruco y me duermo.

Me despierto cuando la noche se ha cansado de imponer la oscuridad y, allá lejos, en la orilla del mundo, donde el muro, el cielo y el horizonte se hacen uno, una brecha de luz se abre camino. Mi abrigo, mis pantalones, mis botas y mi cuerpo amanecen cubiertos de una fina capa de arena. El parapeto

poco puede hacer para detener el desierto. Me levanto y la arena se escurre hacia el suelo, como si yo fuera un extraño reloj de arena cuyo tiempo se acaba o una momia devuelta a la vida por una maldición que la ha arrastrado hasta el infierno. No obstante, sigo siendo yo. La locura que el viento taladra en mi mente cada día la conjuro leyendo cada atardecer, recordándome a mí mismo y la vida de antes. El sueño me suele llevar más lejos, al pasado, al mundo antiguo que no conocí, pero que mi familia mantuvo vivo de forma artificial. La vigilia me arroja al páramo, al desierto, a la muerte del mundo, al silencio, al reino del muro. Me pongo en pie. Aunque me sacudo el polvo, mis ropas son ya parte del paisaje. La lona del parapeto era gris y se ve también amarillenta, parda, ocre, invisible en la distancia, como yo, en la inmensidad de la estepa.

A esas horas, coincidiendo con el amanecer, hay calma. Cada día ocurre el mismo fenómeno. Parece que, durante el tiempo en el que la noche se retira y el día se acerca, el viento se toma un respiro, enmudece y repone fuerzas, dejándonos en paz unos minutos. Tiene que ser un efecto del cambio de temperatura. En cualquier caso, es el único momento en el que puedo bajarme los pantalones para aliviar las necesidades del cuerpo sin temer la exposición de la piel a la intemperie, al bombardeo implacable de la arena. El organismo ha aprendido los ritmos del viaje, se ha adaptado al camino hacia el muro, se ha sometido a mis deseos, ha memorizado la rutina y me ayuda. Me limpio y cubro mi alivio con arena. La empujo con el pie, como un gato, para no dejar rastro. Nos hemos deshumanizado, lo hemos perdido todo. Por eso me aferro a la rutina, a la lectura de un libro ya disfrutado, aprendido y recordado, a la comida breve, que alargo al máximo masticando hasta desintegrar en mi boca las exigüas raciones que me permite. Por eso dialogo conmigo, para mantener lo poco que queda de ese que era yo.

Retomo el viaje. Me permito el lujo de un sorbito de agua. Apenas me humedezco los labios, pero eso me reconforta. Con qué poco nos conformamos cuando nos lo han arrebatado todo. Recojo las barras de hierro, que enrollo con la lona, y lo ato todo a la mochila, que me echo a la espalda. Cada día pesa algo menos, aunque me parece que es justo al contrario. Es por el cansancio, la debilidad, la fatiga o la desesperación. Alzo la mirada. No debo perder de vista mi objetivo. El muro sigue ahí, en el horizonte. Cada día se me antoja más alto, más grande, más sólido, pero igual de lejano. Sé que no es así. Comencé mi viaje hace ya tiempo. Avanzo despacio, pero avanzo; me acerco, gano terreno y me aproximo al monstruo. Me doy cuenta de lo inmenso que es. Por eso lo veo desde tan lejos, por eso me parece siempre

igual. Sé que, a mis ojos, crecerá de improviso. En cuanto esté lo suficientemente cerca. Un día me acostaré viéndolo lejano, como una cinta pálida extendiéndose en el horizonte, y por la mañana se presentará como un coloso ante mí. Lo sé, lo he leído, me lo han contado, lo he soñado. Los primeros que lo vieron lo describieron con hipérboles, admirados de su solidez, de su altura, de su imagen inexpugnable. Llega hasta el cielo, dijeron. Es impenetrable, indestructible, aseveraron. Da miedo, añadió alguien. Los bosques que había a sus pies, formados por ancianos ejemplares altos como rascacielos, empequeñecían a su lado. Nada podía compararse a la grandiosidad del muro. La técnica, la ingeniería y la ciencia más puntera se habían aliado para levantarla. Fue un hito, un éxito indiscutible. Lo pusieron allí, inexpugnable y con vocación de perpetuidad, y allí sigue medio siglo después, amo y señor de todo bajo su égida.

Camino, de nuevo, con pasos firmes. Dejo atrás mi estela de huellas, que el viento borra de inmediato. Llega la tarde, se anuncia el ocaso y me detengo. Me alimento, leo, descanso, duermo, sueño. Al despertar lo lamento; preferiría seguir soñando. Me sacudo la arena, alivio mi cuerpo, recojo y continúo mi camino. Cada día similar rutina, similar empeño para llegar al muro. Cuando lo alcance, pensaré qué hacer, cómo abordar su destrucción. Esto le dije a mi amigo, a mi amante, a él, el único de mis seres queridos que llegó conmigo al centro de refugiados. Discutimos muchas veces sobre este empeño mío. Él no comprendía por qué pensaba adentrarme en el páramo, alcanzar tal vez el pie del muro y morir allí, a los pies del fin del mundo. Te equivocas, será el principio, no el fin, argüía yo, sonriéndole.

Nos conocíamos desde la universidad. Fuimos la última promoción de estudiantes que pudo acabar sus estudios. Todas las facultades habían ido cerrando por falta de alumnado, de profesorado, de libros o de utilidad. Además, las placas solares que las dotaban de electricidad se estropeaban a menudo por el viento y, aunque se instalaron aerogeneradores, el polvo y la arena los dañaban constantemente. Ya no había quien se ocupara de su mantenimiento, quien limpiara las turbinas, quien mantuviera a raya la arena. Todo fue deteriorándose, deteniéndose. Todo lo que había construido la sociedad, la civilización, comenzó a deshacerse, como un engranaje oxidado, sucio y desvencijado. La vida que conocimos se desmoronaba y nosotros éramos la generación que iba a ser testigo del fin. Estudiamos, por tanto, como pudimos, debatiendo a menudo en las clases, con los pocos profesores que iban resistiendo el colapso, por qué había ocurrido aquello, qué debíamos aprender de ello, qué opciones nos quedaban y si tenía sentido seguir

adelante. Todos los estudios se enfocaron en tratar de buscar soluciones al muro, al desierto y a la escasez. Las humanidades buscaban comprender y escribir el relato que explicara lo que nos había llevado hasta allí. Las ciencias exploraban caminos en pos de un remedio. El pronóstico de las mentes más lúcidas era pesimista. Nadie obtenía resultados satisfactorios. Un día levanté la mano en clase y cuando me dieron la palabra propuse saltar el muro, evacuar este lado del mundo. Una carcajada extraña, patética y desesperada brotó de las gargantas de algunos de mis compañeros. La profesora me miró entre contrariada y comprensiva. Yo era joven e impetuoso; ella, casi anciana y sabia. No dijo nada; ya lo hizo el que luego sería mi amigo del alma, mi íntimo confidente, mi compañero, mi amor hasta el final en el centro de refugiados. No se puede saltar, me dijo él. Luego aquella catedrática lo confirmó con voz de plomo, como acostumbraba a hablar, con rotundidad, con una presencia firme y suave. Yo lo haré, afirmé para hilaridad general, y el timbre vino a salvarme de otra lluvia de reproches, burlas e insultos.

Yo lo atravesaré, le prometí a mi amigo poco antes de partir del centro de refugiados. Y volveré a por ti. Él estaba débil, desnutrido, enfermo y avejentado. Sonrió sin apenas fuerzas. Me recordó que la doctora había prometido lo mismo un año antes, que se había ido en motocicleta y que disponía de un equipo que yo no tenía. Lo horadarás con tus manos, preguntó con un hilo de voz, cogiéndome una mano que ya no podía apretar. Le juré que si era preciso lo haría. Emitió una especie de sonrisa sarcástica, como hacía de joven, cuando discutíamos por cualquier cosa y sabía que él tenía razón y que yo, como acababa sucediendo, me daría cuenta de que erraba.

* * *

A veces canto para distraerme. No lo hago en voz alta; gastaría demasiada energía que no tengo y precisaría hidratarme con agua que no puedo desperdiciar. Lo hago en mi mente, en silencio, como ahora, mientras narro este viaje. Canto para mí. Me veo a mí mismo en una terraza, junto al océano, con un vaso repleto de mi cerveza preferida, fresca, dorada, con su corona de espuma y su aroma inconfundible, rodeado de mis amigos, de los colegas del trabajo, de la persona que me ama y a quien deseo y admiro, de algunos desconocidos que se han parado al verme encaramado en la mesa. Entonces canto en mi mente y recuerdo cuando canté en aquella celebración, henchido de felicidad, de ilusiones y proyectos que el viento se llevó cuando sopló con tanta fuerza que no quedaron ni amigos ni ilusiones ni familia ni proyectos ni colegas del trabajo ni felicidad ni mi amor. Todo lo engulleron la arena, el

viento y el polvo. Aunque eso fue después. Aquel día canté, fui feliz y brindamos por aquel futuro prometido, por aquel espejismo que nos habíamos empeñado en anhelar; chocamos nuestros vasos por aquella vida que solo vivimos en sueños. Esa canción me acompaña en mi camino hacia el muro, me ayuda a matar el tiempo mientras aguardo a que, más pronto que tarde, el tiempo acabe por matarme a mí. Cómo imaginar que una realidad que nos rodea, que hemos aprendido, que nos ha acompañado durante generaciones, vaya a desmoronarse irremediablemente en pocos años sin que nadie sea capaz de evitarlo; cómo adivinar en el horizonte la escasez, el desierto y el muro cuando se es joven y se tiene todo, incluida la promesa de una vida plena. Aquellos ojos alegres, aquella mirada que abrazaba su vida perfecta, era incapaz de imaginar este futuro por el cual camino, paso a paso, hacia el muro. Todos me decían que mis ojos irradiaban felicidad y ahora son solo dos pozos tristes. Cantaba al porvenir, a un futuro que siempre se imagina mejor y que prometía miel sobre hojuelas. Lamento haber estado ciego, haber negado la evidencia, haber creído a los gobernantes cuando afirmaban que vivíamos una crisis pasajera, que las cosas mejorarían, que los agoreros mentían, que mis profesores, al dar la voz de alarma, se equivocaban, que mi amigo, mi amante, mi vida, pecaba de pesimista, que mi madre estaba en lo cierto cuando aseguraba que no pasaba nada, que donde otros veían crisis nosotros teníamos que ver una oportunidad de negocio, nuevos caminos que recorrer en la inacabable búsqueda de nuevos ingresos. Me sentía cómodo tras aquel muro que habían construido a mi alrededor, que mi familia había decidido edificar para protegerme y que no me dejaba ver el muro de verdad, el que había encerrado parte del mundo y cuyas consecuencias ya eran visibles para la mayoría de los estudiosos y de los desheredados, para aquellos que labraban la tierra reseca, para los que criaban animales que morían de sed, para quienes se dejaban la vida luchando contra incendios cada vez más voraces y frecuentes, fuegos infernales que avanzaban sobre bosques secos, sobre campos agostados, sobre tierra que no retoñaría. Aquellas consecuencias, en cambio, no eran visibles para los míos, gente acomodada, cómplice del Gobierno, servil y aduladora. Ni para mí, niño rico que habitaba en una torre de marfil, rodeado de lujo, comodidades y caprichos. Y no las vería hasta mucho después, hasta que acaeció la muerte de mi madre.

No solo canto o me recuerdo a mí mismo lo que ocurrió, lo que ocurre o lo que tal vez ocurrirá; también repaso de memoria mucho de lo que aprendí antes de despertar a la realidad. Fórmulas, definiciones, teoremas, ecuaciones, recetas, listas de libros, listas de personajes históricos, de batallas, con su

cronología y emplazamientos, listas de pueblos, de ciudades y países, listas de montañas, con sus valles y los ríos que discurrieron por ellos, ahora lechos yermos, repletos de piedras y esqueletos de peces que nadie pescó, listas de animales, vertebrados, invertebrados, aves, anfibios, reptiles, peces, mamíferos, vivos y extintos, casi todos desaparecidos a este lado del muro, listas de marcas de ropa, de coches, de aparatos electrónicos, listas de locales de moda, bares, clubs, discotecas, listas de bebidas que me entusiasmaban, de cócteles y combinados, listas de alimentos que fueron desapareciendo de los mercados, listas de personas que conocí, que admiré, que amé, por las que lloré, personas que he visto morir o que tuve que matar. Repaso una y otra vez estas listas y las ordeno, reordeno y organizo por orden cronológico en el caso de las guerras y los personajes históricos, en orden alfabético si pienso en animales, plantas, marcas, bebidas o alimentos, en orden de cercanía o lejanía si recito el nombre de las ciudades y pueblos que visité o conocía, o en orden de intensidad sentimental si rememoro a las personas que han pasado por mi vida, que me han amado, que he querido, que me odian o que detesto, o en orden de importancia científica si me centro en las fórmulas, teoremas, teorías, leyes o descubrimientos. Me doy cuenta, repasando mentalmente listas y nombres, de que muchas de las personas que vuelven con insistencia a mi memoria ya no están, ya no son, y que quizá sea yo el único que las recuerda. Tal vez por eso vuelven, para seguir viviendo un poco más, para ayudarme a seguir recordándolas y manteniéndolas vivas, para darme fuerzas en mi camino, para alimentar mis piernas con el dolor de su pérdida, para acompañarme en esta temeridad o quizás solo para perseguirme, para echarme en cara mis errores o para maldecirme. Cuando pienso así, huyo de ellas, de su sombra, de sus reproches, de sus acusaciones. Me esfuerzo en expulsarlas de mi mente, pero son tozudas y permanecen. Repetir sus nombres, recordar sus rostros, someterme a su memoria, consigue que me duela un poco menos cada día o que, a fuerza de acumular heridas, el dolor sea tan familiar que crea que ya forma parte de mi ser. Cada día repito la rutina de las listas, de los recuerdos, de los nombres. Repaso el pasado y, en el lienzo ocre que contemplo a mi alrededor, dibujo esas ciudades, esos ríos, esos árboles, plantas y flores, esos insectos, animales y aves, esas personas que van y vienen, que viven y luchan por seguir adelante. En definitiva, estoy levantando un muro, mi propio muro alrededor de mi alma, de mi corazón y de mis debilidades; un muro hecho de arena, de esa fina capa de arena que, poco a poco, arrojada a mi cara por el viento, está penetrando en mi interior, está fundiéndose conmigo y, junto a las lágrimas que ya no vierto, que amarro

a mi interior, forma una amalgama que une los sillares de dolor entre sí, levantando una muralla sólida que me protege y que me da fuerzas para dar un paso más, para caminar un día más, para luchar un poco más. Ese muro en mi interior me hace un poco más fuerte cada día pese a la fatiga física, pese al hambre, pese al miedo. Sentirme menos vulnerable me da la convicción de que alcanzaré mi objetivo y de que no desfalleceré.

Últimamente pienso en este viaje, tomo notas mentales e imagino que lo escribo. Todo esto, cada una de estas líneas, está compuesto por los granos de arena que se extienden a mi alrededor, que vuelan sobre esta tierra cuarteadas, sedienta, antaño viva y frondosa. Son palabras frágiles, caducas, que con un soplo desaparecerían, porque, en el momento en el que yo me extinga, mi relato lo hará conmigo. Por esa razón estoy escribiendo estas palabras en la cara interna del muro que he alzado alrededor de mi alma, para protegerlas del viento que azota, incansable e inmisericorde, mi cuerpo. No podría escribir estos pensamientos en papel, y no porque el papel se cotizara como el oro hasta hace bien poco, no. Mi dinero seguirá intacto en algún archivo digital del banco en el que mi madre depositaba nuestra fortuna, una cifra escandalosa e inútil escrita en una pantalla de ordenador, unos números que tenían el poder de decidir el futuro de las personas, sus posibilidades, si sus sueños se cumplían o si sus enfermedades se curaban. Unos números que tenían tendencia a aumentar donde había ya cifras elevadas y a disminuir en el resto de los casos, reorganizándose en una macabra danza que habría sido interesante e incluso bella si no hubiera tenido efectos en la realidad. No es por eso, no; dinero me sobraba. No tiene sentido escribir estas ideas erráticas porque no creo que dentro de poco haya nadie que las pueda leer. No pasará mucho tiempo antes de que el último hombre, mujer o niño mire a su alrededor y solo alcance a ver muerte, a escuchar los ecos de todos los que un día vivimos a este lado del muro. Así que estas notas, estos pensamientos, esta crónica de una temeridad, de un viaje suicida, del postrero intento de dar esperanzas a quienes dejé atrás agonizando entre montañas de polvo, lamentos silenciosos y raciones menguantes en el centro de refugiados, son solo para mí. Ellos nunca sabrán qué pensé, qué recordé, qué lamenté. Además, quién podría estar interesado en leerme, en conocer mi historia, en saber cómo se llegó hasta aquí. Mi país murió, mi tierra se secó y la prisión que circunda el muro devino una morgue polvorienta en la que ya solo se escucha el lamento del viento.

Cuando los científicos alertaron de que algo iba mal, los políticos, gobernantes y burócratas soltaron exabruptos y carcajadas cínicas. Atacaron

al comité del instituto de ciencias y usaron la prensa como acicate. Algunos medios prestaron atención a las alarmas, dieron voz a los expertos, organizaron debates, simposios y conferencias. Las universidades programaron seminarios, invitaron a reputados científicos y organizaron congresos de expertos. La clase política, con muy pocas, minoritarias y frágiles excepciones, demonizó a los científicos, los descalificó, ridiculizó y cuestionó las conclusiones que aquellos ponían en conocimiento público. Se los acusó de conspirar contra la patria, de excederse en el uso de sus libertades, de provocar el pánico y de desestabilizar la economía, de buscar el derrocamiento del Gobierno y la anarquía. Después se decidió silenciarlos. Se recortaron presupuestos, ayudas económicas y becas. Se cerraron laboratorios, se clausuraron centros de investigación y se desautorizó a todo aquel que clamaba en un desierto que, en un par de generaciones, pasó de ser una metáfora a una acuciante realidad.

Yo era de los que negaba que algo malo estuviera sucediendo. Rechazaba de forma vehemente la posibilidad de que fuera cierto. Todo a mi alrededor seguía como siempre lo había visto. Mi concepto de siempre, no obstante, era limitado. Con apenas veinticinco años no podía, aunque lo hice con convicción, afirmar que todo estaba bien. Obviaba los datos, las gráficas, los estudios. Me basaba en mi percepción y en lo que aseguraba mi círculo social o, para ser exactos, el de mi madre y nada me detenía cuando atacaba y colaboraba en el desprestigio de científicos que ya eran sabios y respetados en todo el mundo mucho antes de que yo naciera. Mi amigo, mi querido amigo, mi amante, él, el que dejé allá atrás tras cerrarle los ojos y besar sus labios, fríos y pálidos, por última vez, me decía que era un estúpido por negar la evidencia, que no quería ver por orgullo, por tozudez, e insistía en que las pruebas eran irrefutables. No le hacía caso. Defendí al Gobierno: sus decisiones eran correctas, trabajaba por el bien de todos y había que confiar en su criterio. Al fin y al cabo, también estaba a este lado del muro. Las conversaciones acababan indefectiblemente en discusiones, acaloradas a menudo, entre nosotros y también con otros jóvenes de mi generación, compañeros de clase, de entrenamiento, y entre mi círculo de amistades. Pese a nuestra ceguera, la gente sentía ya los efectos del muro y empezó a organizar protestas. Se sucedieron las manifestaciones. Él asistía; me pedía que lo acompañara, pero nunca lo hice. Los científicos, desterrados de sus cátedras y universidades, habían logrado publicar informes breves, concisos y en un lenguaje sencillo para que la gente entendiera lo que estaba ocurriendo en nuestro trozo del mundo. Muchos de aquellos otrora prestigiosos

catedráticos fueron detenidos y encarcelados. El Gobierno movió sus resortes para que se los acusara de terrorismo, acusación que, en cualquier ocasión que se utilizara, conseguía adeptos entre el pueblo, asustadizo por naturaleza; los acusaron también de alterar el orden público y de traición a la patria. Hubo linchamientos a profesores que, aunque no encabezaban el movimiento de protesta, fueron señalados por algún dedo vengativo o envidioso. Vimos cargas policiales, barricadas, palizas, muchos heridos y algunos muertos. A las protestas por los efectos perniciosos del muro se sumaron manifestaciones de todo tipo de colectivos que exigían soluciones. Nosotros, la clase dominante, privilegiada, propietaria de la patria, seguíamos viviendo en nuestra burbuja verde, en nuestros barrios elegantes con jardines, setos, rosales, piscinas, sirvientes, chóferes y tiendas exclusivas, ajenos a la lucha que la gente estaba llevando a cabo tratando de hacernos despertar y de mostrarnos que el muro significaba el final. Mi madre, contrariada por el clima social, que, poco a poco, estaba empezando a repercutir en sus ingresos, procuró que todo en nuestra vida siguiera como de costumbre, como ella recordaba que había sido en su juventud, como sus padres le habían dicho que era cuando ellos se casaron y como los estándares de nuestro estatus mandaban que debía ser. Sin embargo, yo me engañaba, mi madre se engañaba y engañaba al mundo manteniendo el aspecto idílico de nuestra existencia. Tiempo después, cuando enfermó, supe que había dilapidado una fortuna comprando a precio exorbitado agua para regar los rosales y mantener verde el césped, que había gastado millones en un intento vano por mantener la apariencia de normalidad cuando en la periferia acechaba el desierto, cuando los bosques morían, cuando las cosechas desaparecían destruidas por el viento constante, que ya había comenzado a soplar, y por la arena, cada vez más ubicua. Solo comencé a despertar a la verdadera magnitud del desastre cuando hubo que hospitalizarla y vi con mis propios ojos que faltaban medios, medicinas, equipo y personal. Empecé a cuestionarme la realidad y comprendí que había vivido en una ficción, en un templo dorado, pero de espaldas a la realidad, en un hermoso decorado de mentira. Corré a casa. Él me esperaba; había vuelto del trabajo en cuanto recibió mi llamada. No me reprochó nada. Hablé yo. Le dije simplemente que me había caído del caballo. Nos abrazamos. Le pregunté muchas cosas que en los últimos tiempos me había negado a comentar. Me informó. Había estado trabajando con un comité científico clandestino que llevaba tiempo estudiando posibles soluciones, diferentes teorías para abordar la destrucción del muro. Estaban convencidos de que el Gobierno claudicaría y les acabaría pidiendo ayuda. Sabían que era

cuestión de tiempo y querían tener algo que ofrecer cuando llegase ese día. Los estudios climáticos eran concluyentes: el muro había alterado la circulación general atmosférica, las nubes no podían pasar por encima, nuestras reservas de agua se irían evaporando y las lluvias serían cada vez más escasas. Estábamos abocados a la desertificación total y a la muerte. Solo cabía derribar el muro o huir. No obstante, ambas salidas parecían imposibles. Los estudios teóricos, nunca de campo, plagados de ecuaciones, fórmulas y simulaciones, se fueron amontonando a la espera de que el Gobierno nos llamara a consultas. Nos llamara, digo, porque me uní a ellos en cuanto superé la vergüenza por mi actitud previa. Pasado un tiempo en el que fui armándome de valor, pedí disculpas a todos los científicos a los que hasta hacía poco había difamado y de quienes me había burlado. Deseaba compensar mi desprecio y el mal causado. Pondría todos mis conocimientos a su disposición. Traicionaría a los que siempre me habían considerado de los suyos si era preciso. Usaría el dinero de mi familia para las investigaciones. Ellos me necesitaban. Fui el estudiante más brillante de mi promoción y era muy rico. Mi ayuda era importante. Esas eran mis bazas. Él me acompañó a cada encuentro; de hecho, organizó varias de aquellas entrevistas y me allanó el camino. Mis antiguos profesores me recibieron no sin cierta cautela, ya que, desde las detenciones y las purgas universitarias, se sentían perseguidos y no confiaban en nadie con facilidad. Pero sabían que, a pesar de todo, él había seguido a mi lado, que no se había apartado de mí y que respondía por mí. No sé si le llegué a agradecer nunca tanta fe, tanta confianza, tanta paciencia y tantos sacrificios de los que no tomé conciencia hasta entonces. Me explicaron que su posición en la red científica había estado en peligro, que se le había cuestionado precisamente por mí, por seguir conmigo, por vivir conmigo. Le hicieron jurar que no me contaría nada, que no me informaría de las investigaciones, de los descubrimientos del comité, de los tímidos avances que lograban, de sus reuniones, de quienes formaban los equipos de investigación. Le prohibieron hablar de ciencia en casa, al menos de la ciencia relativa al muro. Él sacrificó confianza, amistades y posición entre sus colegas. Lo hizo por mí y sin que yo lo supiera. Y, durante todo ese tiempo, a menudo tuvo que soportar mis comentarios, mis críticas a los científicos que aparecían en televisión alertando a la población, mis burlas a aquellos colegas que habían perdido trabajo, prestigio y libertad, mis reproches por seguir defendiéndolos y mis ataques a sus colegas, a sus amigos, a su trabajo, a su lucha por salvarnos la vida a todos. En el comité lo tuvieron en consideración, aunque, por precaución, no fue convocado a las

reuniones más importantes. Él lo pasó mal; sin embargo, no me lo reprochó nunca, ni cuando lo mantenía en secreto ni cuando me uní a ellos. Era consciente de que el equilibrio es un punto único entre dos masas que se mantienen a una determinada distancia y que para encontrarlo se debe renunciar a la proximidad absoluta. Lo hizo en su trabajo y lo hizo conmigo, circunscribiendo nuestras conversaciones, nuestra vida íntima, a todo lo que no concerniera a los efectos del muro. En definitiva, levantó un muro entre nosotros, un muro tras el cual residía su trabajo. Yo no podía atravesarlo. No lo hice hasta que acepté que había estado ciego. Solo así derribé aquel muro. A continuación, fuimos al laboratorio clandestino donde se reunía el comité de expertos y juntos derribamos el muro que sus colegas habían levantado para protegerse de mí, de lo que yo representaba. Al final logró lo que había deseado desde el principio: que yo fuera uno más, parte del equipo, y que pudiésemos trabajar juntos. No sé si fui capaz de compensar todo lo que le hice, si los años que vinieron después le permitieron olvidar o, al menos, arrinconar en su mente el tiempo en el que le causé tantos problemas y tanto dolor. Ahora solo puedo lamentar que no esté aquí conmigo, caminando a mi lado hacia el último muro que debemos derribar, que no podamos trabajar juntos para devolver la vida a esta parte del mundo. Él no lo logró, pero le prometí que lo haría yo por él, que acabaría lo que empezó. Y a lo largo de mi viaje lo llevo conmigo; siempre lo llevaré.

El desabastecimiento llegó como una tormenta de verano, como aquellas lluvias torrenciales que aparecían de repente cuando yo era un niño tras un día de intenso calor, precedidas de un manto de nubes gruesas, oscuras, sólidas, plomizas y amenazantes que, de repente, a veces con relámpagos azulados iluminando el cielo y truenos ensordecedores, arrojaban miles de litros de agua sobre la tierra recalentada por el sol. Enseguida desprendía un aroma inconfundible y tierno que habíamos aprendido a identificar como de tierra seca; el polvo se asentaba y después, cuando escampaba la tormenta, el aire olía a limpio, a vida y a verano. La tierra seca de ahora, este mundo yermo y cuarteado, no huele así. Supongo que el aroma que nos llegaba durante aquellas tormentas era el de la tierra regada, viva, calmada en su sed. De modo que, al igual que una tormenta que se formaba tras una jornada azul y brillante, de la noche a la mañana las tiendas se vieron desbordadas por ciudadanos que hacían acopio de todo tipo de víveres y, en especial, de agua embotellada. Los supermercados, los grandes almacenes y el pequeño comercio se vieron desbordados. Mucha gente acaparaba tanto que lo perdía por el camino o no lo podía pagar. Otros eran atracados nada más salir de los

establecimientos. Los precios se dispararon. La inflación era inédita. La prensa alimentó el pánico. Las reyertas, los atracos y la violencia se desataron. El Gobierno se mostró ineficaz y superado por las circunstancias. Qué fácil es gobernar cuando todo va bien. Lanzaron a la calle a la policía y, después, cuando aquella vio que no podía encauzar el descontento, al ejército. Se declaró el estado de alarma, luego el de excepción, el toque de queda, la ley marcial, la suspensión de las libertades y, por último, de las leyes constitucionales en toda la nación. El pillaje, que ya había empezado hacía semanas, se intensificó. La gente se peleaba por un bote de alubias precocinadas y hubo muertos por un par de garrafas de agua. El caos campaba a sus anchas; se desató el crimen como una plaga contagiosa. Las tiendas sufrieron ataques, robos e incendios y muchas cerraron indefinidamente. Nosotros habíamos atesorado víveres para un par de meses. La mayoría de los miembros del comité llevaban semanas haciéndolo, con disimulo, acumulando alimentos enlatados, barritas energéticas, agua, frutos secos, sopa y leche en polvo, así como todo lo que fuera necesario para sobrevivir a un Estado en descomposición como el que sabían que se avecinaba. De repente, me pareció que nuestras reservas eran insuficientes. Salí a la calle, recorrió las tiendas y los supermercados y solo contemplé desolación. Corrí a casa de mi madre. Sabía que ella acostumbraba a tener una despensa bien pertrechada. Aunque, como descubrí enseguida, también lo sabían sus empleados de hogar. No habían dejado nada. También se habían llevado las joyas y ropa exclusiva. Imaginé que intentarían comprar agua y comida en el mercado negro. No los culpé. Abandoné para no regresar nunca esa casa dominado por una extraña sensación. Había crecido allí y, sin embargo, sentía que me alejaba de un escenario, de un decorado irreal. A duras penas logré encaminarme hacia nuestro piso. De pronto me vi atrapado en medio de una batalla campal entre la policía y una manifestación que exigía comida y agua. Los antidisturbios me tomaron por uno de los manifestantes y recibí varios golpes. Acabé dolorido, pero pudo haber sido mucho peor; más tarde supe que había habido cuatro muertos en aquellos disturbios. Me encerraron en un calabozo junto a veinte de aquellas personas furiosas y desesperadas. No nos dieron ni agua ni comida, que era lo que exigían los manifestantes. Ni asistencia legal: la Constitución había sido suspendida con carácter indefinido. El Gobierno había caído y, desde hacía unas horas, vivíamos bajo el poder de un directorio militar que no ofrecía garantías procesales ni judiciales. Los detenidos éramos traidores a la patria y se nos juzgaría con severidad. Se habían constituido tribunales militares y casi todos los crímenes se castigaban con pena de

muerte. Menos gente protestando, más víveres para el resto, pensé resignado. No intenté explicarme ante mis carceleros. Era probable que mis compañeros de infortunio me hubieran linchado allí mismo de haberse enterado a qué familia pertenecía, en qué barrio había vivido. No era impensable que aquellas personas hubieran descargado sobre mí su desesperación encarando de todas maneras, como ya sabían, la pena capital. Ellos se habían echado a las calles impelidos por el hambre y la sed. Ese era el nivel más bajo de escasez al que se podía llegar. El pueblo se apretujaba en ese pozo seco. No tenían más que su voz y sus puños para reclamar alimento. No hay nada reprochable en eso. Nadie podría reprobar a alguien que necesita agua y comida. No obstante, allí estábamos, en una celda, afrontando juicios sumarísimos por alta traición.

Él me rescató de nuevo. Lo había hecho de la ceguera, de la burbuja en la que vivía, y después de la cárcel, de un juicio sumarísimo y de una ejecución al amanecer. Al final, el nuevo Gobierno, un Ejecutivo de concentración integrado en su mayor parte por militares y por algunos destacados miembros de los partidos políticos y que había asumido asimismo las funciones legislativas al disolver la Asamblea, amén de nombrar tribunales especiales para pacificar las ciudades, había resuelto pedir ayuda a los mismos científicos a los que hasta hacía poco había perseguido y vilipendiado. El comité respiró aliviado. Reunieron a sus miembros con carácter de urgencia. Preguntaron por mí. Nadie me había visto. Me buscaron por todas partes. Se alarmaron. Pero él me encontró. Desde que nos conocimos, sentí que tenía un sexto sentido que le servía para dar conmigo. Ya fuera en una fiesta, en un centro comercial atestado o en un evento multitudinario, él se las arreglaba para localizarme. A veces me había molestado ese sentido canino que parecía guiarlo hasta mí, seguirme el rastro y, en cierto modo, tenerme controlado. Él no lo pretendía y se reía cuando le decía que tenía un poder especial. Es casualidad, nada más, se defendía. Aquel día agradecí aquella capacidad, fuera lo que fuera. Me explicó que había imaginado que al volver de casa de mi madre me habría topado con la manifestación. Luego se lanzó a las calles desafiando el toque de queda. Me buscó en todos los hospitales, en los cuarteles y en las comisarías hasta que dio conmigo. Llevaba una autorización del Ministerio de Ciencia sellada y firmada por el nuevo ministro. Mi nombre aparecía en aquel documento seguido del cargo que ostentaba a partir de aquel día: responsable de ingeniería del Comité Científico de Estudios sobre el Muro. Los otros detenidos me miraron con estupor y algunos me dieron ánimos. La esperanza iluminó su mirada. Creyeron de verdad que podíamos

derribar el muro. Nos vitorearon y aplaudieron como si fuéramos héroes. El rumor no tardó en extenderse por el país. Y aquello empeoró las cosas.

La primera reunión con el Gobierno no tuvo lugar en el ministerio o en la sede de la Presidencia, sino que nos llevaron lejos de la capital en dos furgones, hecho que nos hizo temer por nuestra seguridad. Tal vez si nos hubieran purgado aquel día no habríamos vivido todo lo que siguió y mis pasos hacia el muro serían solo una ilusión. En cambio, no nos mataron ni nos trajeron mal. Al contrario, todo fue amabilidad y buenos modales. Después de años de injurias, de descalificaciones, de destierro profesional, de despidos y de descrédito, aquellas sonrisas no nos infundían tranquilidad, porque las sabíamos falsas e interesadas. Éramos conscientes de que si nos habían pedido ayuda era porque estaban desesperados. Unas horas después llegamos a una edificación de factura reciente levantada en medio de un páramo que, hasta hacía unos años, había sido el arrozal más grande del país. El viento soplaban con fuerza y la tierra, reseca, resquebrajada y arenosa, arrojaba polvo a nuestros rostros. Nos invitaron a tomar asiento en medio de una sala grande. A un lado vimos instalaciones de cocina y un gran comedor y, al otro, cuartos de baño y varios dormitorios comunales donde se intuían numerosos catres amontonados y colchones sin estrenar. Un militar con muchas y relucientes condecoraciones en la solapa, pelo canoso abundante que le nacía muy atrás y expresión ceñuda se presentó con voz de trueno. Era el general recientemente ascendido a secretario de Ciencia, el número dos del ministerio y quien coordinaba los trabajos científicos contra el muro. Él sería nuestro interlocutor con el nuevo Gobierno. Nos informó de que estábamos en un centro de refugiados, uno de los muchos que se habían construido en zonas despobladas de la patria para albergar a supervivientes y a futuros repobladores en previsión de los altercados, los enfrentamientos civiles y las guerras de desabastecimiento que ya habían comenzado a lo largo y ancho de aquel pedazo de mundo que habitábamos. Los rumores de que unos científicos tenían la clave para derribar el muro habían provocado que la lucha por la supervivencia se volviera descarnada. Millones de resignados se habían echado a las calles para conseguir víveres que les permitieran sobrevivir hasta que el muro cayera. El Ejecutivo, de forma decidida, iba a asegurar la paz y pretendía garantizar la supervivencia de un número limitado, aunque suficiente, de personas de ambos sexos y con buenas aptitudes físicas para que, tras el apaciguamiento de la población y la caída del muro, procedieran a repoblar aquel pedazo de mundo yermo. Su programa de gobierno consistía en garantizar el futuro, ya que el presente se les escurría

entre los dedos. Nuestro país se desmoronaba y nosotros éramos su última esperanza. No obstante, añadió en un tono melifluo aquel general bajando la mirada, a título particular no albergaba demasiadas esperanzas de que pudiéramos derribar el muro. Lo habían bombardeado con todo lo que tenían, que era mucho, sin resultado alguno. Aquel secretario de Ciencia no acertaba a imaginar qué podíamos aportar nosotros a esas alturas para conseguir lo que al ejército se le había resistido. En cualquier caso, añadió, les deseo suerte. La jefa del comité científico, una catedrática de Ciencias experimentales, estructuras moleculares y nuevos elementos, dio un paso adelante. El general, que interpretó aquel gesto como un desafío a la autoridad que tantos años y sacrificios le había costado conseguir, llevó su mano a la cartuchera del arma, de forma instintiva quizá, pero en absoluto disimulada. Ustedes saben mejor que nadie que el muro es indestructible. Se construyó para que nada ni nadie lo atravesara, ni de aquí hacia allá ni de allí hacia acá. Alcanza la estratosfera, hunde sus raíces cientos de metros en el subsuelo y, en la práctica, funciona como una cúpula que nos mantiene aislados. La doctora continuó hablando, explicándole al nuevo secretario de Ciencia las características físicas y moleculares del muro, recordándole al militar que en el pasado ya se intentó horadarlo usando armamento pesado, que se probó de todo para abrir una brecha, para desestabilizarlo, para derribarlo; todos los esfuerzos fueron en vano. Nuestro condecorado interlocutor asentía satisfecho al escuchar aquellas palabras. Me pareció que, a pesar del rotundo fracaso del ejército, se sentía orgulloso de la potencia de fuego que habían tenido la ocasión de mostrar. No me quedó claro si aquel mohín orgulloso era la prueba de un carácter presuntuoso o si era sencillamente imbécil. No negarán que ha cumplido su cometido, nos dijo tras un silencio incómodo durante el cual nos scrutó con intensidad a todos entrecerrando los ojos como si estuviese decidiendo a quién ejecutar primero, a quién enviar al paredón o sentar en un consejo de guerra. El muro se levantó con el propósito de que nadie atravesara las fronteras, se puso ahí para evitar ilegales, tronó el general y secretario de Ciencia. Lo ha conseguido con creces. Eliminar los efectos imprevistos es su cometido. El Gobierno estima que quizá ustedes pueden echar una mano al ejército. Se supone que son las mejores mentes de nuestra patria, insistió; no defrauden a su país ni a su presidente. Y, si consiguen descubrir cómo penetrar en él, añadió bajando la voz, construyan una puerta. Si es factible, preferimos que el muro permanezca en pie.

* * *

El terreno parece que se vuelve más rocoso conforme me aproximo a los pies del muro. Piso lo que antaño era un bosque que se extendía hasta el horizonte. El fuego y el viento lo han transformado en lo que veo: una llanura salpicada por rocas que parece de otro planeta. Ante mí, abarcándolo todo, una inmensa pared que se alza hasta el cielo y cuyo extremo superior apenas acierto a atisbar. El muro se extiende hacia ambos lados. Su imagen se pierde en la llanura, en el confín de la vasta tierra, sea al este como al oeste. Su color, entre pálido y terroso, no se parece al de ninguno de los materiales que se usaban antes para levantar muros, murallas o fortificaciones. Tampoco su estructura es convencional. La veo ya con nitidez y no distingo juntas, sillares, bloques o fisuras; es una estructura uniforme, una pared lisa que parece hecha de una sola pieza. El conjunto me recuerda a una lona sucia e inmensa. No se conoce el grosor exacto que puede haber alcanzado ya. La naturaleza del muro lo hace imposible, puesto que fue concebido para crecer, para evolucionar, para impedir que las oleadas de personas desheredadas pudieran atravesar las líneas que alguien dibujó en un mapa y que conformaban las fronteras. La patria, la nación, el Estado, el país debía ser una realidad inmutable a las desgracias coyunturales de la población, tenía que ser un ente eterno e impermeable a los anhelos de las personas. Nada, ni ellas ni sus sueños, deseos o esperanzas, debía cruzar esas fronteras. Por eso levantaron el muro, aunque adujeron motivos de seguridad para que las fronteras continuasen siendo sólidas e inalterables, sin importar lo que quedaba tras él.

No está hecho de piedra ni de hormigón, cemento, mármol o acero. La estructura básica utilizó el grafeno enriquecido, una aleación nueva de materiales a nivel subatómico; lo combinaron con ADN modificado de especies vegetales, de árboles como la secuoya y de arbustos duros y resistentes como el juncos y el boj. Se añadieron otros complejos químicos a aquella sopa que dotaron a la mezcla de una resistencia a prueba de bombas. Y todo se ensambló con nanotecnología. En otras palabras, al material orgánico e inorgánico se le añadió un programa informático que contenía las instrucciones de crecimiento de las moléculas del muro. Se buscaba un material indestructible que, plantado en la tierra, creciera como un gran telón que brotara del suelo, alcanzara los cielos y adquiriera la forma deseada. Se plantaron miles de semillas, o brotes o esquejes o comoquiera que lo llamaran sus creadores, a lo largo de la frontera. En realidad, eran pequeños cubos del tamaño de una pelota de tenis que, una vez bajo tierra, crecieron a gran velocidad. Se hizo en tierra firme y también a lo largo del lecho marino, bajo

la línea que separaba las aguas propias de las internacionales. Aquellos plantones se extendieron hacia todas direcciones y, al toparse con los cubos adyacentes, se fusionaron entre sí, tal como estaba previsto, formando una pared impenetrable. Al mismo tiempo, se hizo cada vez más grueso y más alto. El resultado no se consideró peligroso hasta que fue demasiado tarde. No solo creció hacia arriba, sino que penetró en la tierra, echando raíces sólidas que buscaron los acuíferos, los ríos subterráneos y los lagos. El muro había penetrado en las grutas y, en definitiva, había amurallado el subsuelo tanto como la superficie. Necesita agua para crecer, para multiplicar sus moléculas; la tomó del subsuelo y absorbiendo la humedad del aire. En el mar dispuso de toda el agua que requería, por lo que allí creció más deprisa.

Tras incorporarme al comité, me puse al día en todos los estudios que se habían hecho durante décadas desde el día en que alguien descubrió que el muro no paraba de crecer. Nuestro trozo de mundo no solo ha perdido la comunicación subterránea con el exterior y todas las reservas de agua que atesoraba el subsuelo, sino que, como pronto se descubrió, el clima había sido alterado. Las corrientes atmosféricas se desviaron al colisionar con el muro cuando este alcanzó la altura por la que circulan los vientos generales. Mucho más abajo, las nubes que se topaban con él se veían obligadas a ascender, como si se tratase de una cordillera. Los primeros años lo superaban sin problema, descargando la lluvia a este lado. Sin embargo, llegó el momento en que las nubes se enfriaban antes de alcanzar la cima del muro y se vaciaban al otro lado, llegándonos así tan solo el aire seco. Ese fenómeno se repitió cada vez más a menudo y, en pocos años, las nubes ya no vinieron. Mis compatriotas empezaron a vivir entonces un verano que parecía no tener fin; eso alegró a un sector despreocupado que veía ese estío perenne como un sueño hecho realidad, aunque quienes trabajaban la tierra escrutaban el cielo con una preocupación creciente, recogían puñados de tierra cada vez más secos y alertaron de que las reservas de agua se reducían rápidamente. El Gobierno de la época decidió actuar y trató de derribarlo. Fue entonces cuando contemplaron con estupor que no se podía. Se consultó a sus constructores. Pero aquellos se encogieron de hombros: habían construido lo que les habían pedido. Nadie podría pasar la frontera. Nadie. Nunca. Jamás.

Los aviones lo sobrevolaron durante un tiempo. Muchos emigraron así. Pero la indignación y la envidia los convirtieron en traidores. La campaña de prensa contra las ratas, como se llamó a quienes abandonaban su país en busca de un futuro, comparándolos con los roedores que saltan del barco que se va a pique, surtió efecto. Se limitó el tráfico aéreo con el otro lado del

muro. Se expulsó a los embajadores de los países extranjeros. Se conminó a turistas, estudiantes y trabajadores venidos de otros países, pese a estar en posesión de permisos de residencia y trabajo, a abandonar nuestra patria y se apeló al espíritu patriótico con campañas publicitarias carísimas para que aquellos que pensaban escapar sintieran vergüenza y para que quienes supieran de alguien que pretendía huir lo denunciaran. En pocos meses, mientras yo pasaba mis días de adolescencia en el instituto, ajeno al drama que se cernía sobre nosotros, todos los no nacionales se marcharon. Los Gobiernos extranjeros, conscientes de los efectos perniciosos del muro, ofrecieron su ayuda al nuestro. Todo el mundo reconocía ya que su construcción había sido un error. Un error sin solución aparente.

El último vuelo que se marchó allende el muro lo hizo el mismo día que mi profesora de Filosofía nos explicó el concepto de empatía. No atendimos a su explicación, ya que estábamos más pendientes del éxito o del fracaso de aquel vuelo. Sus pasajeros eran cantantes, actores, empresarios y otros personajes ricos y famosos que viajaban al extranjero como embajadores de buena voluntad. Todos sabíamos que en realidad huían, que tenían miedo, que eran unos traidores, unas ratas. Eso nos había explicado la televisión durante las semanas precedentes. Ahora sé que huyeron, sí, pero de la condena a muerte que pendía sobre todos quienes nos quedábamos atrás. Ellos gastaron millones para poder ocupar una butaca en aquel último vuelo. Invirtieron fortunas en un viaje peligroso, porque el muro sobrepasaba ya entonces los cincuenta mil pies de altura. Aun así, asumieron el riesgo porque quedarse era una certeza de muerte. El vuelo peligró durante unos instantes; la televisión grabó el ascenso de la aeronave hasta que ni las cámaras más sofisticadas pudieron mostrarnos más que un punto brillante en el cielo. Después desapareció sobre el muro. Las emisiones de radio y cualquier otra conocida no lo podían atravesar, así que no supimos hasta tiempo después si lo habían logrado. Poco a poco, el muro nos aislabía del resto del mundo. Los satélites solo se conectaban a Tierra si estaban en una órbita geoestacionaria dentro del perímetro del muro. Con el tiempo, la señal del exterior dejó de llegarnos. Sin embargo, nuestras televisiones, radios y plataformas de entretenimiento se esforzaron durante años en disimular la asfixia que iba estrangulando aquel trozo de mundo, que era para sus habitantes, para todos nosotros, el único mundo que nos quedaba. El muro siguió creciendo y, pocos años después, ni siquiera los aviones militares lograron sobrepasarlo. Muchos soldados murieron al estrellarse contra él tratando de escapar. Recuerdo que durante un tiempo las clases se interrumpían de vez en cuando para hacer una condena

pública al traidor, al desertor, al cobarde, a la rata y mal conciudadano que había tratado de saltar el muro. Este, nos decían, se había encargado de hacer justicia. El Gobierno, pasado el tiempo de asumir su error y visto que no lograban destruirlo, dio inicio a la política del aveSTRUZ: decidió actuar como si no pasase nada, postergando el problema para más adelante, para la siguiente generación. La vida seguía y, aunque la sequía empezaba a ser preocupante, lo principal era mantener la paz social, vivir al día y ganar las siguientes elecciones.

Mucho antes de la suspensión de las leyes y de los derechos civiles, se aprobaron normas para atajar las críticas que sobrevivieron al silencio informativo y gubernamental sobre el muro. Algunos sectores sociales, sobre todo la gente que había vivido la vieja guerra y que había salido a manifestarse durante su juventud para conseguir los derechos que disfrutábamos, volvieron a las calles para protestar contra la ley del silencio impuesta en todo lo referente al muro. Mi madre criticaba con dureza a aquellos ancianos que, en lugar de agradecer las pensiones de las que disfrutaban y que tanto nos costaban a los demás, mordían la mano que les daba de comer. Habría resultado gracioso si no hubiera sido dramático, pues ocurrió que alguien de la Administración tuvo el mismo pensamiento que mi madre y, a los pocos días, se anunció una Ley de Defensa de la Patria que, aprobada en tiempo récord sin apenas debate parlamentario ni votos en contra, castigó a muchos de aquellos ciudadanos comprometidos privándolos de su pensión. Las protestas disminuyeron de inmediato y ningún medio de comunicación osó cuestionar aquella norma. Tampoco la oposición alzó la voz en demasía. Solo lograron introducir enmiendas que suavizaban los castigos en los casos más graves a cambio de rebajar las críticas al Gobierno para recuperar la paz social.

Todo esto sucedía al mismo tiempo que el Ejecutivo adquiría conciencia de que el muro no cedía ante los embates de sus mejores y más sofisticadas armas. Se rumoreó incluso que aviones militares de última generación habían ascendido hasta el límite de su capacidad y que desde allí habían disparado misiles cargados con compuestos químicos altamente tóxicos que deberían haber producido una reversión en su crecimiento. También hubo voces que aseguraban que los países del otro lado del muro estaban disparándole todo su armamento. Se dijo que la comunidad internacional había acabado implicándose y hasta que se había formado una coalición de países que unieron sus fuerzas durante un tiempo para intentar derribarlo. En el comité, años después, me contaron que les habían llegado noticias vía satélite que

hablaban de la organización de conciertos solidarios en el extranjero, de plegarias mundiales auspiciadas por el papa y otros líderes religiosos y de la venta de millones de camisetas con la imagen del muro cuyos beneficios iban destinados a sufragar estudios científicos. Mucho de todo esto se me antojó más deseo que realidad, porque a la gente le encanta los rumores y pensar que alguien vendrá a salvarla. Lo que sí está comprobado es que nuestro Gobierno, sin más ideas, decidió lanzar la bomba atómica contra el muro. Eso fue al menos hace diez años en un paraje remoto y deshabitado. En su desesperación, buscaba abrir una brecha y evacuarnos por ella, abandonar el solar de la patria y solicitar asilo en las naciones vecinas y amigas. No obstante, pese al poder exterminador del ingenio nuclear, el muro resistió el embate atómico. Lejos de verse dañado, siguió creciendo, inmaculado e impertérrito, y cada día que vino a continuación nos aisló un poco más.

* * *

Me he sentado a descansar mucho antes de lo que es habitual. Hace casi cincuenta jornadas que camino. El invierno ha entrado ya; los días son demasiado cortos, la noche, que parece ser más oscura cuanto más me acerco al muro, cubre el páramo de una insonable frialdad que me provoca escalofríos, ya que ni la luz de la luna parece alcanzar esta llanura ventosa y polvorienta. La temperatura, desagradable de día, se hunde en cuanto el sol desaparece por poniente y el frío, que el viento multiplica, me vence. Tengo los labios agrietados y no dispongo de medicamentos o pomadas que me alivien. No pude coger nada del botiquín, puesto que casi nada quedaba cuando marché. Tampoco me sentí con fuerzas de apoderarme de lo poco que acogía aún la enfermería del centro de refugiados. Todavía malvivían muchos cuando marché, todavía respiraban algunos niños en el momento de mi partida. No fui capaz de llevarme conmigo ni una aspirina que, pese a suponer un alivio temporal en el camino de la agonía cierta, pudiera reducir el dolor de uno solo de aquellos pequeños inocentes. Me lameré las heridas y confiaré en mi organismo, aún lo suficientemente fuerte para seguir adelante. El parapeto me envuelve y me protege a duras penas de la ventisca. Me acurruco todo lo que puedo, buscando reducirme al máximo, intentando alojarme dentro de mí mismo, protegido del viento. Cubro mi rostro con la bufanda, que da dos vueltas alrededor de mi cuello. Me abrazo y doblo las extremidades, convirtiéndome en un ovillo. Siento algo de calidez en una postura imposible. Lo que no logro es dejar de pensar.

Los habitantes de la patria nos comportamos como un cáncer. A pesar del

muro, durante años seguimos aumentando la población y consumiendo sin control unos recursos cada vez más escasos. Tras silenciar las críticas, desacreditar a los alarmistas y purgar las universidades y los centros de investigación, la política del Gobierno fue expansiva. La vida floreció en las ciudades, los festivales y eventos feriales se multiplicaron y el bienestar aparente se disparó. Recuerdo la época de mi juventud como una orgía constante y consciente de consumo y derroche. Se nos bombardeó con todo tipo de publicidad y estímulos para vivir como si no hubiera un mañana. Es irónico pensar en aquella actitud, ya que era cierto: no había un mañana. Nuestros gobernantes debieron de pensar que había que disfrutarlo todo hasta que no quedara nada de lo que disfrutar. Quizá se resignaron a lo inevitable, pero nunca nos hicieron partícipes de la verdad. Utilizaron estrategias publicitarias para gestionar los recursos. Durante una época, estando yo en la facultad, nos convencieron de las bondades de los refrescos. El mundo se llenó de cartelería, anuncios en televisión y ofertas irresistibles para que, en lugar de con agua, las comidas se regaran con todo tipo de refrescos. Los precios bajaron al tiempo que subieron los del agua y se produjo una fiebre por los refrescos. En los comedores escolares se servía naranjada, limonada o cola industrial. También en los hospitales y supermercados se promocionaban estas bebidas con ofertas inverosímiles. Aunque hubo quien alertó del consumo excesivo de bebidas azucaradas, pronto aparecieron estudios científicos encargados por el Gobierno que afirmaban exactamente lo contrario, incidiendo en las bondades nutricionales de estas bebidas, denostadas hasta no hacía tanto. Adultos y chiquillos se dejaron seducir por aquella fiebre, de forma que, durante un par de años, el consumo de agua se redujo a mínimos. Esto posibilitó que los campos se regaran en abundancia y que se produjeran alimentos con normalidad, consiguiendo la engañosa sensación de que, pese a la sequía, las cosas volvían a la normalidad. Fue solo un espejismo que, además, provocó un aumento inasumible de problemas de salud graves relacionados con la ingesta desmesurada de azúcar, como el sobrepeso y las enfermedades cardiovasculares. Cuando las reservas de estas bebidas se terminaban y dado que no había posibilidad de producir más, el Ejecutivo, tras ganar otra vez las elecciones, dio una nueva vuelta de tuerca a la política del avestruz. Para evitar el consumo de agua, comenzó a promocionar el consumo generalizado de bebidas alcohólicas. Nuestra parte del mundo producía muchas bebidas que ya no se podían exportar, que estaban fabricadas y almacenadas y cuyo consumo postergaría la crisis del agua que acabaría llegando algún día. De modo que nuevos estudios

científicos encargados por nuestros gobernantes aseveraron que, mucho mejor que los refrescos, más sano, natural y nutritivo era tomar bebidas alcohólicas desde por la mañana. A los pequeños, como se hacía en la Edad Media, época de sabiduría popular denostada de forma injusta después, era conveniente darles cerveza, algo aguada quizá, afirmaron con rotundidad desde el Ministerio de Salud usando fragmentos de viejas películas ambientadas en el Medievo. A los mayores, en cambio, les convenía más el vino; también licores y espumosos. La publicidad, tanto la privada como la institucional, se encargó de convencernos de las bondades de esa dieta rica en alcohol incidiendo en las cualidades nutritivas, en los beneficios para la salud y, sobre todo, en su carácter patriótico. Así comenzó el lustro de los borrachos, como alguien bautizó aquellos años extraños, llenos de accidentes, negligencias, violentas peleas sin motivo, fiestas constantes, alcoholismo y locura. Los problemas de salud se multiplicaron y se sumaron a los provocados por los refrescos. La gente pasaba el día a base de vino y licores, sobreviviendo en medio de una niebla etílica que acabó por desaparecer. Fue, como se había calculado, a los cinco años, cuando las reservas de bebidas alcohólicas llegaron al mínimo. Durante ese tiempo, para evitar la evaporación de la preciada agua, cuyas reservas seguían reduciéndose rápidamente, el Gobierno ordenó a todas las industrias embotelladoras que atesoraran toda la que pudieran. Además, se instalaron desalinizadoras en la costa y se aprovechó cada río, lago, acuífero o pozo para almacenar el preciado líquido. Entonces, otra vez, cambió la propaganda. El alcohol había provocado demasiados problemas y se recomendaba beber agua, aunque con moderación. Los médicos, siguiendo instrucciones gubernamentales, insistieron en inculcar la creencia de que con un par de vasos de agua al día era suficiente para vivir. No solo suficiente, sino recomendable. Nuestro cuerpo era en su mayoría agua, así que con un poco era suficiente para renovar los líquidos que se iban perdiendo de manera natural. En definitiva, y tras una mortandad inédita durante aquellos años de experimentación, la población a este lado del muro había descendido en número y en esperanza de vida. Había agua embotellada para mucho tiempo y el problema principal, de nuevo, se había arrojado unos años adelante en el calendario.

Miro el muro frente a mí. Es imponente en su palidez. Si alguna vez he imaginado el fin del mundo, esta imagen es la que mejor se adecua a esa fantasía. Hace siglos, cuando se creía que la Tierra era plana, se pensaba que el fin del mundo era el lugar donde los océanos se precipitaban hacia un abismo en el que moraban monstruos y demonios. Hoy sabemos que es el

lugar donde una pared se alza hasta el cielo. La verticalidad nos impone el fin. En un mundo de horizontalidades como el que teníamos, de vastas extensiones de agua, de campos de cultivo, de arena o de bosques, las personas hemos levantado un muro impenetrable. Lo observo con calma, escruto su esencia, sus detalles, admiro su tenebrosa perfección, sobrecogido, y asiendo la mirada buscando su final. En lo alto, muy arriba, más allá de donde navegaban las nubes que recuerdo de mi infancia, solo distingo una línea amarillenta, de trazo grueso, limitando con el azul eléctrico del cielo. Ese azul tan intenso es hermoso. Un color puro y sin mácula. No hay ni una nube en el lienzo del cielo. Hace años que no las hay. Tampoco brumas ni niebla. Ni estelas de aviones, que ya hace mucho que no sobrevuelan este trozo de mundo. Es un cielo transparente, sin humedad, en el que, de noche, las estrellas brillan con intensidad. Ya no sufrimos contaminación lumínica y las noches en el páramo, pese a las gafas de motorista que no me quito y la arena que el viento arrastra, son un espectáculo. La luz de soles lejanos llega fría hasta mis ojos cansados a través de esta ventana al espacio que el muro ha abierto para que disfrutemos de la belleza del cosmos antes de extinguirnos.

Continúo sentado sobre lo que una vez fue un bosque. No quedan ni los troncos secos. La mayoría se quemaron en los incendios que se sucedieron hace unos años y que provocaron una crisis respiratoria en todo nuestro enclaustrado mundo. El viento sopla de forma constante, pero formando una gigantesca circunferencia que viaja en paralelo al muro. El aire que respiramos se renueva muy lentamente; solo se intercambia con el del exterior cuando asciende lo suficiente y eso, por lo que hemos ido descubriendo, ocurre cada vez menos. En la práctica, la atmósfera intramuros es un ecosistema aislado. Esto no es un inconveniente por sí mismo, aunque los incendios nos demostraron que nuestra parte del mundo era un espacio frágil. El Gobierno usó todos sus recursos para encontrar a los responsables, a quienes acusó de atentar contra la patria por destruir bosques y contaminar el aire, castigándolos con penas muy severas e incluso con la muerte. No se comentó, en cambio, que si los bosques ardían con suma facilidad era porque los árboles estaban muriendo, porque sus troncos estaban demasiado secos y porque el aire, que no se detenía nunca, apenas contenía ya humedad. Tampoco se explicó que una parte importante de la contaminación, la cual causó una verdadera pandemia de problemas respiratorios, provenía de las fábricas que, desde el inicio de la política de tierra quemada en la que vivíamos, producían día y noche bienes de consumo que el pueblo compraba de forma alocada en los festivales, ferias, fiestas y fechas señaladas, que

parecieron multiplicarse en el calendario. Mi amigo, mi amante, me decía en susurros, cuando nadie andaba cerca o en la intimidad de nuestro dormitorio, que era muy posible que los incendios los hubiera provocado el propio Gobierno con el fin de disimular la polución fabril y provocar muertes que achacaría a los supuestos pirómanos y que, de paso, reducirían el consumo de comida y agua.

La muerte, en todas sus variantes, fue una compañía habitual en los años que siguieron a la construcción del muro. Hasta entonces habíamos negado su misma idea, evitábamos hablar de ella y luchábamos contra su inapelable visita. Se alargaba la vida, se estudiaban nuevos fármacos y se vivía en una ficticia vida eterna. Sin embargo, con el muro limitándonos, la muerte se convirtió en una aliada. Cada persona que moría, cada año que se le ganaba a la vida, significaba un menor consumo de agua y alimento. Las políticas erráticas, confusas y erróneas de los diferentes gabinetes que nos han gobernado estas décadas han combinado el consumo alocado y desinhibido junto a políticas de ahorro y control del consumo y, de forma soterrada, de la población. Por un lado, nos conminaban a beber refrescos o alcohol, a comprar hasta desfallecer y a vivir al límite en una celebración continua y, por otro, se buscaba el ahorro y el castigo. Y, en este último ámbito, muy pronto se recuperó y extendió la pena de muerte, que se fue aplicando a todo tipo de delitos, primero a los más graves y, poco a poco, tras rebajarse la exigencia de gravedad del crimen, acabó aplicándose a los ladrones y carteristas de toda la vida. Sobraba gente y se la eliminaba con la más mínima excusa. O se la mataba bajo el pretexto de la aplicación severa de la ley o se la empujaba a la enfermedad y la muerte por el abuso de todo tipo de sustancias. A veces me he preguntado si en verdad el Gobierno pensaba que un número pequeño de habitantes podría sobrevivir en este mundo del muro a largo plazo, al menos hasta que los científicos, a este lado o al otro, lograran hallar la fórmula para destruirlo. Me he preguntado si los gobernantes tenían buena voluntad pero malas ideas. O si durante estos años lo que en realidad han intentado es protegernos todo lo posible de la muerte usándola para garantizar que algunos viviéramos un poco más, en una especie de ruleta rusa darwiniana. Y si eso, tanto por mi parte como por la del Gobierno, era ingenuidad, optimismo o pesimismo.

* * *

Me abrazo y no me encuentro. He adelgazado bastante desde que salí del centro de refugiados. Mi ingesta calórica es mínima y camino unos treinta

kilómetros cada día. La ropa, que me apretaba, ya que llevaba varias prendas superpuestas, ahora baila sobre mi piel. La frondosa barba que cubre mi rostro, entreverada de mechones canos, disimulará a duras penas el rostro afilado y anguloso que yace debajo. Debo de tener un aspecto muy diferente al del joven robusto, musculado, atractivo, bien alimentado y elegante que era cuando el que ahora soy no podía ser imaginado ni en los peores delirios, cuando vivía tras mi propio muro, no solo inconsciente del poder del que rodea mi patria, sino ignorante de los muros que nos separaban a los habitantes del mundo. Practicaba deporte, tenía éxito social y frecuentaba fiestas elegantes en barrios residenciales donde vivía la flor y nata de nuestra sociedad. Me acostaba con hombres y con mujeres, a veces con varias personas a la vez.

Participaba de una vida al límite, gastando, consumiendo y derrochando aquello que ya no nos sobraba, aunque en mi círculo no cabía pensar en la contención. Durante años esquilmamos nuestro pedazo de mundo a costa de nuestros propios compatriotas. Exprimimos sus bienes, su tiempo, su trabajo, a sus familias y sus recursos hasta que fueron sucumbiendo, a cientos, a miles, en silencio; hasta que se levantaron y protestaron. Nadie podía atravesar el muro, nadie podía escapar ni venir a socorrernos. Teníamos un pedazo del mundo, solo nuestro, todo nuestro, para nosotros y para nadie más. Pero lo consumimos desde dentro, como las termitas devoran el corazón de la madera, sin cambios aparentes hasta que ya es demasiado tarde y el mueble se desmorona levantando una nube de polvo y serrín. Así, llegó el día en que los trabajadores alzaron su voz reclamando medicinas, soluciones, dinero, comida y agua. Atrás quedaban los días alegres de refrescos burbujeantes y los alocados años de los borrachos. Este mundo, enfermo aunque sobrio y despierto, se indignó. Las protestas airadas, violentas a veces, clamorosas siempre, de miles de personas, de millones, que se llevaron a cabo hacia el final de la civilización apenas sonaban como un rumor lejano en nuestro pequeño paraíso de ensueño. Alguna referencia en los noticiarios, algún comentario en la barra del club de golf que sonaba como una anécdota ajena y sin importancia entre cóctel y cóctel mientras la orquesta tocaba una melodía alegre y despreocupada que nos invitaba a seguir gozando del regalo de la vida. Deporte, sexo, fiesta, viajes, placeres. Mi vida tras finalizar la carrera se convirtió en un carrusel de excesos, de viajes temerarios, de retos juveniles, de derroche de adrenalina y fluidos corporales. No solo yo vivía así. Mi sociedad, a la que pertenecía y que me cobijaba y protegía, vivía inmersa en una fiesta que no acababa nunca. Él me buscaba a veces, me decía que se

avecinaba un caos sin precedentes, me imploraba que lo escuchase, que pusiera los pies en la tierra, que hablara con mi madre, que le transmitiera lo que el comité científico clandestino estaba averiguando; me pedía que usáramos nuestros contactos con las élites políticas para advertir del peligro, para alertar de que el muro nos estaba matando, de que nos dejaba sin salida, condenados. Quería que lo escuchase, aunque en realidad me pedía que lo amase como él me amaba a mí desde que nos vimos en la universidad por primera vez. Un día discutimos. Me había cansado de que, de manera recurrente, me hablara de aquel tema, de sus pronósticos apocalípticos, de sus augurios nefastos. Quise desembarazarme de él, pero no me lo permitió. Nos teníamos confianza, nos conocíamos y él sabía que no podía dejarme marchar. Me zarandeó tomándome con fuerza por los hombros, me gritó, me exigió que lo escuchara y me besó.

Vivimos un romance lleno de pasión y fotos de postal. Mi dinero nos permitió vivir una especie de ensueño y no tardamos en irnos a vivir juntos. Mi madre tenía un apartamento con hermosas vistas a los jardines, al bosque, al monte en la zona oeste de la capital. El primer día, abrazados frente al mirador, reparé en que todo el paisaje había adquirido tonalidades ocres, pardas, otoñales. Sin embargo, estábamos a primeros de junio. La sequía está siendo terrible este año, concluí, con tono lastimoso, en voz alta. Él me dijo entonces algo que nunca olvidaría; me susurró al oído que aquellos jardines, aquellos bosques y aquellos montes ya no volverían a reverdecer más. No podía creerlo, no pude darle crédito. Me reí, le pedí que no exagerara y que no volviera a las andadas con los nefastos augurios sobre el muro. Él guardó silencio, se mordió el labio inferior y se limitó a murmurar que aún no me veía preparado. Me enfadé, porque me sentí tratado como un niño. Comprendí que trataba de convencerme de algo que para mí era inverosímil, imposible, desquiciado y paranoico y que, en definitiva, seguía tratando de convencerme de que sus obsesiones eran ciertas. Me sentí utilizado y manipulado. Aquel primer día de nuestra convivencia tuvimos una discusión que estuvo a punto de separarnos de forma definitiva. No obstante, el amor es obstinado.

El tiempo pasa despacio cuando se recuerda, cuando se vive de la memoria, cuando añorar y lamentarse es una ocupación a tiempo completo. Me abrazo a pocos kilómetros del muro, acurrucado junto al parapeto, aterido, famélico, débil y apenado. Observo el páramo arrebatado en la bufanda, en mi abrigo, esperando que los escalofríos pasen y mi cuerpo entre en calor. El viento sopla con más intensidad cuanto más me aproximo al final. Creo que las corrientes de las que me hablaron en el comité son reales. Nuestro mundo

está dominado por un nuevo flujo atmosférico que circula adosado al muro; una corriente veloz, centrífuga, seca, fría, letal y estéril. Un efecto no deseado, no previsto, no calculado, irreparable. Uno más. El comité se lo explicó al Gobierno cuando este, al fin, se avino a escuchar. También lo había intentado antes, mucho antes, pero sus miembros fueron desterrados, desacreditados, burlados, ridiculizados, estigmatizados, perseguidos e incluso algunos encarcelados. No pasaba nada; los científicos, a sueldo de los enemigos de la patria, de intereses ocultos y desestabilizadores, tratan de socavar la confianza del pueblo en su Gobierno. Intolerable. Son traidores, traidores, traidores. Son ratas de la peor calaña. No huyen; se quedan para destruirnos desde dentro. El pueblo, acostumbrado a celebrar con migajas los derroches de sus mandatarios, aceptó estas explicaciones. Se tragó aquel mantra acusador a falta de pan que llenara sus estómagos. Llovía menos, cierto, como suele ocurrir de vez en cuando, en periodos cíclicos, sin daños permanentes, sin destrucción irreversible. Que siga la fiesta. Algunos científicos escribieron artículos que los periódicos publicaron en primera plana, concedieron entrevistas a las televisiones, que fueron convenientemente anunciadas y emitidas en horario de máxima audiencia, y aprovecharon aquellos púlpitos pagados por el Gobierno para desautorizar a sus colegas sin escrupulo alguno. Defendieron la postura oficial. Todo está bien, que siga la fiesta, recomendaron. Fueron premiados con las cátedras y los puestos en la universidad de los defenestrados. Y la fiesta continuó.

* * *

Leo, de nuevo, mi libro. Encuentro, cada pocas páginas, trocitos de papel que sostengo con cuidado para que el viento, bastante violento, no me los arrebate. Son notas que escribí en las sucesivas lecturas. Algunas versan sobre el libro, otras son personales: pensamientos, ideas, reflexiones, números de teléfono que ya no volverán a sonar, direcciones electrónicas que ya nadie consulta, poemas que a veces le escribí pero que nunca me atreví a regalarle, incluso dibujos, esbozos de rostros o figuras geométricas imposibles que dibujaba cuando me sentía nervioso para relajar la mente y que guardé no recuerdo por qué. Ahora ya nada importa. Su imagen vuelve a mi memoria, su sonrisa; su mirada, que me envolvía antes de que lo hicieran sus brazos; sus palabras, sus susurros. El viento secará su cadáver, apergaminará su piel; la sequedad reducirá su masa y acabará convertido en una momia amarillenta y anónima, sin tumba, sin lápida, sin flores. No creo que nadie lo enterrase. Si no lo hice yo, que era su único allegado y estaba en buenas condiciones

físicas, no lo habrá hecho nadie. No me atreví a hacerlo. En cierto modo, me negué a aceptarlo. Preferí dejarlo en su catre, arropado, como si durmiera y esperara, como hacían los que quedaban cuando me marché. Esperar. Comer algo, media ración, un cuarto quizá, y esperar tumbados, en silencio. Cogí su bufanda, la que no se quitaba nunca, la que le había regalado años atrás, una bufanda larguísima para que pudiera darle varias vueltas al cuello y conjurar el frío que tanto le molestaba. Me la llevé conmigo. Me acompaña su aroma y me tranquiliza cuando me asalta este pensamiento, la imagen de su cuerpo en el camastro, muerto y solo, a la espera de que tenga éxito en mi viaje y vuelva a buscarme. Nadie lo habrá tocado. Los muertos, en el mundo del muro, no hieden. Se secan, se arrugan como una flor y se convierten en cartón. Ya no ven los ojos estimados ni sienten una caricia ni oyen un te quiero susurrado ni un poema de amor que se escribió en un papelito y que nunca se recitó. Quizá dentro de poco el viento arrastrará las lágrimas que no dejo que mis ojos viertan o los gritos que ahogo en mi garganta y entonces podré arrojar a la corriente uno de aquellos poemas que le escribía en secreto y ocultaba entre las páginas del libro, porque siempre me dio vergüenza expresar mis sentimientos, para que vuele libre al fin, para que llegue hasta él, para que abrace con sus versos la memoria de un amor derrotado, vencido y muerto.

La luz se acaba. El sol se hunde en el horizonte del páramo, justo donde el cielo y el suelo colisionan con el muro. Miro hacia el ocaso y creo que el muro se extiende aún más allá. Al amanecer escruto el horizonte y lo primero que veo junto a la alborada es el brillo del muro. Alzo mis ojos y el cielo parece que ha sido alcanzado por el muro. Su presencia es constante. Me pregunto si no solo es grande, me pregunto si será infinito, eterno y gélido como el universo. Me pregunto si la mano humana, si el intelecto de estos monos sin pelo que somos, erectos y tozudos, que dominamos el planeta desde que nos arrogamos su posesión y propiedad, no habrá creado un universo plano, pálido y perfecto en su cometido de aislar hermanos a ambos lados de esta estructura. Sabemos que desde el otro lado intentaron perforarlo, derrumbarlo, saltarlo e incluso quemarlo. Pero, como nos ocurrió a nosotros, no lo consiguieron. Me pregunto qué efectos habrá provocado el muro al otro lado. Quién sabe si también ellos han perdido las lluvias, si sus mares se han desecado como los nuestros o si también sus muertos se convierten en momias resecas con rostros grotescos. Ya hace demasiado que no sabemos nada de ellos, de quienes quedamos aislados, de quienes fuimos separados en virtud de la defensa de las fronteras, de la integridad territorial, de las migraciones incontroladas. El muro era la solución, la manera de que cada

persona se quedase allí donde había nacido, donde su permanencia era legal, donde el sistema que regía nuestras vidas mandaba que residiésemos. No era posible poner en riesgo la integridad y la seguridad de las naciones por el simple hecho de que la gente tuviera hambre, de que no encontrara trabajo, de que sus condiciones de vida fueran patéticas, de que la violencia se respirara en el aire, de que huyera de guerras, injusticias y opresión o de que aspirara a dar a sus hijos un futuro digno. No, eso no importaba tanto como el control y el dominio. El muro detendría caravanas, barcas, aviones, muchedumbres, sueños y esperanzas. Esa era la solución que hallaron los gobernantes, los gerentes de nuestras vidas. Aunque, más que solución, devino disolución, extinción y negación del futuro. En definitiva, la aniquilación de toda esperanza. Alguien debería haber grabado en su estructura las palabras del poeta apercibiéndonos de abandonar toda esperanza si alzábamos el muro. Toda ilusión de futuro se desvaneció, se evaporó, como los lagos, los ríos y los mares, y en su lugar contemplamos el avance del desierto, yermo y voraz a la par que hermoso. El muro fue el resultado lógico y cruel de la codicia desmedida, el egoísmo ciego, la insolidaridad entre hermanos que llenó capítulos enteros de los libros de Historia.

Camino despacio, cada vez más lentamente. El viento es tenaz, sopla un poco más fuerte cada día conforme avanco y me acerco al final de mi viaje. Por otra parte, mis fuerzas son exigüas. Siento que la debilidad se apodera de mi cuerpo, castigado desde hace demasiado tiempo y mortificado por la malnutrición. Pero no solo mi cuerpo sufre. El miedo se ha instalado en mi interior desde que la sombra de este coloso pálido me alcanza y me envuelve en su presencia atosigadora, tenaz, imponente e irresistible. Mis pasos, sin embargo, son un triunfo, el premio a un esfuerzo titánico que me arranca gritos mitigados por la bufanda que envuelve mi rostro. Hace días que apenas me bajo la capucha. Tampoco me quito los guantes, salvo cuando debo desabrocharme los pantalones. Mi piel ya no se ve, ha desaparecido bajo capas de abrigo, bajo las almas de los muertos, bajo la tristeza y el dolor. Estoy oculto aquí dentro, en una mente que recuerda, que piensa, que sufre a cada paso que da, con cada jornada de esfuerzo y poco alimento. A estas alturas seré ya tan pálido como la pared infinita que se yergue ante mí. A lo mejor podría fundirme con ella, pasar a formar parte de ella, rendirme a su poder, a su majestad, a su imperio, porque todos somos el muro, todos vivimos y morimos en el mundo que él rige, en su mundo.

Respiro un aire frío a través de la bufanda, que me protege de la arena en suspensión. Mi campo de visión se reduce a una estrecha franja entre la piel

que orla la capucha, que llevo calada hasta las cejas, y la bufanda, por encima de la nariz. Soy un misterio, un fantasma andante, un Quijote caminando hacia el gigante.

Las gafas de motorista, rayadas y sucias, me muestran una realidad distorsionada. Veo y oigo el mundo desde el otro lado de mi particular muro. De todas formas, tampoco hay nada que ver y tan solo puedo oír el aullido inacabable del viento, que trato de ahuyentar con estos pensamientos, con estos recuerdos que me rememoro a mí mismo, con este testamento. A mi alrededor se extiende la llanura del páramo, cubierta por una tenue bruma de arena, hasta donde alcanza la vista. Las ciudades, los pueblos, todo vestigio de nuestra orgullosa civilización ha sucumbido ante el poder del muro. La muerte de las personas es previsible; la de la memoria, la de los vestigios, la de la historia, aterradora. Delante de mí, el muro, silencioso, omnipotente. En lo alto, el cielo azul, limpio como un lienzo pintado de un color vivo, eléctrico, transparente, sin nubes que lo decoren, sin estelas de aviones que lo atravesen, sin aves que lo dominen, hermoso pero muerto, bello pero frío, como todo bajo su égida.

Me siento fatigado. A veces me mareo. Mis piernas tiemblan. Tropiezo y caigo. Me golpeo la cara con una piedra. Las gafas se llevan el impacto. Se agrietan. No me he herido, no me duele nada, aunque acabo de perder la posibilidad de leer. Una tela de araña que se extiende ante mis ojos me acompañará ahora de forma perenne, ocupándolo todo, tamizando aún más el mundo triste que me rodea. Me acostumbraré a mirar el mundo a través de la maraña caótica del cristal quebrado, como lo he ido haciendo a través de la suciedad y de las imperfecciones que el viaje, la arena proyectada por el viento y el tiempo han añadido al panorama que he visto durante las últimas semanas. Lo que me preocupa, en realidad, es la debilidad de mi organismo. Debería comer más, aunque requeriré de todas mis fuerzas cuando alcance mi meta y me prepare para derribar el muro. Comeré bien cuando llegue. Me queda muy poco y no puedo rendirme. En realidad, no pasaría nada si muriera aquí, en medio del páramo, a los pies del muro. A nadie le importaría. Nadie me echaría de menos ni se acordaría de mí. Mi cadáver se convertiría en una momia acartonada en pocas semanas. Una momia envuelta en ropa, sarcófago cálido y acogedor. Nadie me encontraría nunca. Lo más seguro es que nadie pise esta tierra nunca más; el muro no lo permitirá. Nadie me enterraría. Lo haría el muro, lanzando tanta arena sobre mi cuerpo inerte que en unos días acabaría inhumado. No pasaría nada. Nadie me lloraría. Ni siquiera yo lloraría

mi propio fracaso. No lloraría haber incumplido una promesa, haber defraudado a quien ya no puede sentir decepción.

Debí haber llorado hace años, cuando pude haber hecho algo, cuando el muro era pequeño, quizá aún no lo suficientemente fuerte, cuando quien me amaba me lo pidió, me lo rogó, me lo imploró. Habla con tu madre, me pedía de vez en cuando, de formas sutiles, amables, en momentos elegidos, cuando mi reacción, mi oposición, sería débil, cuando sabía que estaría más dispuesto a escuchar, menos dispuesto a reñir, a negarme, o cuando el amor, el deseo y el placer me colmaban, recién sucumbido al éxtasis, cuando recuperábamos el resuello en una cama deshecha. Lo intentaba, me lo sugería, me lo pedía, me decía que se lo planteara a mi madre como una simple curiosidad, como una duda, como una hipótesis o una posibilidad. Me retaba a cuestionar verdades que mi madre no cuestionaba, que nadie en mi entorno social ponía en duda. Me lo pedía a mí, me trasladaba una petición del comité de científicos en la clandestinidad, un comité desesperado por lo que sabía y que hablaba por su boca para que yo llevara su mensaje, su advertencia, su petición de auxilio a mi madre, quien tenía buenas relaciones con las élites de la patria. Él y yo éramos los eslabones que debían unir dos mundos que no tenían forma de comunicarse; los unos, por temor a ser encarcelados; los otros, porque se negaban a creer que aquel mundo idílico pudiera tener los días contados. Nosotros éramos los hilos que podrían comunicar la llamada de socorro. Y, en esa cadena, yo era el eslabón clave. Y les fallé. A todos, a él, al comité, a mi madre, al mundo.

Me pongo en pie después de haber descansado un rato. Me duele un tobillo. Avanzo más despacio, apoyándome en las barras de metal del parapeto, que hacen las veces de bastón. Mi estómago ruge de repente, obligándome a encogerme a causa de un dolor intenso y lacerante. El hambre es feroz. Me parece que este grito desesperado de mis entrañas se explica porque anoche me salté la cena. Aunque llamar cena a la media ración que mastico mil veces es en sí una hipérbole, una ofensa incluso. No obstante, mi castigado organismo merecía un bocado. Lo he domado y se había habituado a raciones frugales, parcias, mínimas, aunque necesarias. Y me salté la cena. Castigué a mi cuerpo más de lo debido. Ahora se rebela. Pero es que estaba tan exhausto que preferí cerrar los ojos y sumergirme en los sueños, donde aún hay colores, bosques frondosos, exuberantes, repletos de vida, atravesados por ríos, por arroyos, y salpicados por lagunas en las que nadan los peces. El cielo también está vivo en mis sueños. Las nubes, blancas, gordas y esponjosas, navegan por el azul sereno, arrojando sombras que

cabalgan sobre la tierra. Las aves cantan, pían, gorjean mientras realizan acrobacias en un aire templado donde multitud de insectos se afanan en sus quehaceres diarios, en su inaplazable búsqueda de néctar, que hallan en flores de bellos colores. Los bosques y los campos rodean ciudades y pueblos donde las personas viven sumidas en las triviales preocupaciones que antes ocupaban todos nuestros pensamientos y condicionaban nuestro humor, focalizando así nuestra mente, nuestros deseos y nuestros quebraderos de cabeza en la carrera profesional, en los estudios, en un capricho que se nos resiste, en un viaje que me hará feliz, en si alguien ha llamado o ha dejado de llamar, en una próxima cita, en una noche romántica que tiene que ser perfecta. Sueño con ciudades llenas de tiendas y mercados donde la fruta, la verdura y todos los alimentos regalan sus aromas y sus colores a quienes visitábamos esos locales, ahora abandonados. Sueño con sabores casi olvidados si estoy despierto, con manjares que ya no recuerdo cuándo saboreé por última vez, con agua fresca abundante corriendo por mi garganta, con un vaso de cerveza fría o con una copa de vino. Sueño con personas que compartían su tiempo, su simpatía, sus problemas y sus preocupaciones con sus semejantes, con sus parejas, amigos y familia. Personas que yacen quién sabe dónde, sepultadas bajo la arena y el polvo, que quedaron atrapadas por el muro, que fueron engañadas por el Gobierno, por las empresas, por mí.

* * *

El comité de científicos al que me uní años después, instalado en aquel centro de refugiados, comenzó a trabajar de inmediato. Más vale tarde que nunca, nos decíamos unos a otros tratando de insuflarnos ánimos. Las cosas se habían deteriorado mucho a esas alturas. La sequía era persistente y empeoraba cada día. Los acuíferos se agotaban, los lagos reducían su tamaño, los ríos se secaban hasta ser apenas riachuelos que no llegaban al mar y las aguas continentales que rodeaban nuestro pequeño mundo empezaban a retirarse sin explicación aparente. Incluso las nieves de alta montaña, los hielos perpetuos que custodiaban el norte, se habían ido derritiendo hasta desaparecer. El calor aumentaba de forma imperceptible y aquel recalentamiento fundía el hielo, evaporaba el agua y reducía unas reservas que, de repente, valían tanto como el oro. Entonces, cuando el daño era evidente, el derroche se zanjó. Las leyes que promulgó el nuevo Gobierno militar todopoderoso, sin cortapisas constitucionales o parlamentarias, trataron de poner freno al dislate que habíamos vivido durante años, malgastando y agotando recursos que no se podían reponer porque solo

disponíamos de lo que había en nuestro trozo de mundo. Las importaciones y exportaciones habían cesado años atrás, cuando ya no se pudo saltar el muro. Teníamos de todo, sí. No necesitábamos nada, claro.

Pero lo esquilmamos. Creímos que la autarquía sería viable porque nuestros recursos eran variados y abundantes. Pero nadie contaba con que el muro nos dejaría sin agua.

La prohibición de regar los jardines y llenar las piscinas de las casas de la clase pudiente levantó una ola de airadas protestas por parte de aquellos que solían ser incondicionales con el poder. De nada les sirvió quejarse. El pueblo, rico solo en paciencia, número y capacidad de sacrificio, llevaba años sufriendo las restricciones que solo entonces empezaron a afectar a la clase alta. La cosa va en serio, afirmó tajante el ministro portavoz, otro general con la pechera colmada de condecoraciones y mirada ceñuda, en una retransmisión que se emitió por todos los canales de radio y televisión. Siempre había ido en serio para la mayoría, acostumbrada desde hacía años a la escasez, a las restricciones y a buscarse la vida. Pero fue entonces, en el momento en que los poderosos sintieron el miedo, cuando se desató la locura.

En el centro de refugiados, antes de que llegaran los supervivientes del caos que asoló la civilización, toda ciudad, pueblo y aldea, los científicos trabajábamos día y noche, sin descanso. Nos dividimos en equipos según nuestra especialidad y las hipótesis con las que trabajásemos. Había un equipo de físicos, uno de químicos, uno informático y uno multidisciplinar que trataba de conectar nuestros estudios emulando la composición del muro, que era, estábamos convencidos, la clave de su poder y resistencia. Disponíamos de todos los medios técnicos que solicitamos al militar que hacía de enlace entre el Gobierno y el comité y que se había quedado con nosotros al mando de un destacamento de soldados silenciosos y educados cuya presencia nos pasaba casi desapercibida.

El trabajo era arduo y decepcionante. Los diferentes intentos de tomar muestras del muro, entonces ya un coloso aterrador, casi tan grande como ahora, fueron infructuosos. Los colegas que se desplazaron hasta él, en vehículos militares y acompañados por una pareja de soldados, no lograron arrancar su superficie, rascarla, rajarla, horadarla, disolverla, quemarla, quebrarla ni arrancarle una muestra que pudiéramos analizar. Se le aplicaron abrasivos, agentes químicos, sierras eléctricas con hojas hechas de aleaciones más duras que el diamante, fabricadas a base de grafeno en un intento de luchar con fuego contra el fuego, corrientes eléctricas de alto voltaje, explosivos, láser de última generación, ultrasonidos, frío extremo, calor

extremo y todo tipo de insultos que el equipo que iba hasta allí le profería en nombre de todos nosotros. Cada día esperábamos a la puerta del centro de refugiados a que volvieran nuestros compañeros abrigando la esperanza de que esa vez sí hubieran podido arrancarle un pedazo, por pequeño que fuera, a aquel monstruo sin rostro, de que hubieran podido tomar una muestra, aunque fuera microscópica, que nos permitiera desentrañar sus secretos, descubrir algún punto débil, un talón de Aquiles que nos permitiera construir un arma con la que atacarle. Sin embargo, nuestros colegas regresaban cada día con las manos vacías, un poco más desanimados que la jornada anterior y más convencidos de la indestructibilidad del muro. La fórmula original, los planos de su estructura molecular y de su composición, así como el programa informático que controlaba su crecimiento, eran un secreto que nadie conocía en su totalidad. El Gobierno, impelido por las circunstancias, nos hizo saber que lo había intentado todo para recopilar aquella información: espías, personal infiltrado, chantaje, virus informáticos, violencia, tortura, secuestros y sobornos. Pero solo pudieron constatar que la empresa que fabricó los cubos que se plantaron no conocía sus secretos, que se había limitado a ensamblar las piezas y que tan solo los dos científicos que habían trabajado en el proyecto original y que habían ideado la composición molecular del muro podrían conocer los puntos débiles de su propia creación. No obstante, uno de ellos había muerto años atrás y el otro o, mejor dicho, la otra había desaparecido de la faz de la Tierra no sin antes haber borrado cualquier rastro que pudiera identificarla y que permitiera rastreárla. De eso hacía ya tres décadas. Todos los ordenadores, ficheros, notas, discos duros y cualesquiera documentos relativos a aquella investigación habían desaparecido sin dejar rastro. Los implicados se culpaban entre sí. Los mandatarios de la época, los científicos y la industria que habían colaborado para levantar el muro aunaron intelecto y dinero. Pero parecía que la alquimia resultante era más oscura y poderosa que su esfuerzo conjunto. El secretario de Ciencia, aquel general tantas veces condecorado, acabó por acusar a los Gobiernos extranjeros, un hatajo de criminales, según sus palabras, de haber interferido en nuestros asuntos robándonos la fórmula original y, por tanto, la posibilidad de sobrevivir. Yo escuchaba aquellas discusiones desde el fondo de la sala, sentado sobre una mesa de aluminio, cabizbajo, pensando que mi madre podría habernos ayudado a todos años atrás, cuando quizá quedaba esperanza, cuando cabía la posibilidad de evacuar este lado del mundo, cuando todavía era posible pedir ayuda a la comunidad internacional, abandonar nuestra tierra y convertirnos en exiliados, en solicitantes de asilo, en desterrados por la

estupidez, por el miedo y el egoísmo, convertidos en migrantes y apátridas. Habría sido una ironía interesante, una broma sin gracia, que el muro erigido para detener las migraciones hubiera desatado la mayor de la historia, un auténtico éxodo. Pero mi madre tenía intereses económicos en aquella empresa que le hubieran impedido traicionarla o siquiera cuestionarla. Y, cuando enfermó y tuvo constancia del desabastecimiento general, ya era tarde para todo. Rebusqué entre sus cosas, me adentré en el bosque de archivos de su ordenador, me colé en su navegador usando la contraseña que ambos utilizábamos para todo, que era el nombre y la fecha de la muerte de mi padre, a quien no conocí y que, de aquella manera, seguía presente en nuestras vidas. Sin embargo, aunque resultaba paradójico, incluso ella tenía restricciones de acceso a ciertos archivos de su propia empresa. Los diferentes protocolos de seguridad habían acabado creando un laberinto en el que, me temí, habría lugares donde nadie podría acceder. Aquella misma noche, horas después de la reunión con el general, que se despidió para no volver a visitarnos nunca, cuando todo el mundo se había acostado en sus camastros y la oscuridad y el silencio se impusieron, hablé en susurros con él, con mi amor, en el dormitorio comunal, que, aunque compartíamos con otros científicos, era lo suficientemente amplio como para mantener las camas alejadas unas de otras. Nosotros, en cambio, habíamos juntado las nuestras con la idea de conservar un poco de aquella convivencia que ya formaba parte irrenunciable de nuestra vida. Al explicarle lo que hube averiguado escudriñando el ordenador de mi madre, me sugirió que debía compartir aquella información con el comité. Al día siguiente a primera hora, lo hice. Tras los predecibles reproches, me exigieron que se lo comunicara al Gobierno por radio. Era probable que los especialistas informáticos pudieran acceder al ordenador de mi madre y, desde allí, a los archivos secretos de su empresa. La energía eléctrica funcionaba, reducida tan solo a la solar y sobre todo a la eólica, de la que teníamos de sobra. Lo que no funcionaba ya era la civilización. Al contactar con el secretario de Ciencia, nos enteramos de que la capital, así como las principales ciudades a lo largo y ancho de nuestro trozo de mundo, había sucumbido a las masas enardecidadas, furiosas y desesperadas. Se había decretado la ley marcial, el estado de guerra, y se disparaba a matar a los manifestantes. No obstante, los disturbios continuaban, porque un famélico no teme a las balas. Los muertos eran legión cada día. El hambre, la enfermedad, el miedo y la violencia, como si fueran los jinetes del apocalipsis, dominaban nuestra patria, nuestro mundo. El viento estaba llenándolo todo de arena y el desierto invadía las calles. Poco quedaba ya de las ciudades prósperas, de los

parajes naturales ricos en flora y fauna, de la colaboración ciudadana, del civismo, de la cultura y de las esperanzas de un futuro mejor. Bajo el sol y en medio de un viento constante, nuestros conciudadanos se mataban entre sí por un botellín de agua. El hambre, la desconfianza y la violencia diezmaron la población en pocos meses sin que el Gobierno pudiera evitarlo. Las deserciones en el ejército se sucedían y cada día las exigüas tropas abandonaban a su suerte alguna población, formándose grupúsculos armados autónomos que se dedicaban al pillaje. Supimos que la gente, desesperada e impelida por el hambre, acabó por comerse a sus animales domésticos cuando no quedó ni una granja en pie.

Un día, durante el descanso del mediodía, después de salir del comedor del centro de refugiados y antes de regresar al trabajo, él y yo paseábamos cuando oímos cuchichear a dos soldados que estaban fumando cerca de la puerta y que no repararon en nuestra presencia. La sangre se nos heló en las venas al escuchar su conversación. Uno le decía al otro que su esposa, militar como él, le había explicado por radio que los casos de canibalismo se estaban sucediendo como una plaga. A falta de alimentos, la gente raptaba a desconocidos que no podían imaginarse el final que los esperaba.

* * *

Ya he llegado al muro. Los últimos centenares de metros han sido como una tortura.

Me ha parecido que pisaba fuego y que cristales y agujas se lanzaban sobre mí, arrojadas desde todas partes. El vendaval era casi un huracán durante el último tramo. Y luego la calma. Ha sido como atravesar una cortina. De repente el viento ha desaparecido. Y con el vendaval se ha ido la angustia. No comprendo por qué hay un pasillo, un corredor de apenas dos metros de ancho entre el viento huracanado y el muro. Sea como sea, aquí estoy, en una quietud extraña mientras a mi espalda sigue volando la arena, que entierra todo lo que conocí. En esta calma que me arranca suspiros, después de casi sesenta días de camino, he podido al fin quitarme las gafas y ver el mundo, por muy horrible que sea, con sus verdaderos colores. Me he bajado la capucha también. Parece que hay un silencio especial, casi reverencial, que emana del muro y convierte este pasillo en un templo de paz. El páramo sigue ahí detrás, en el reino del viento, mientras que yo he cruzado una extraña frontera y me encuentro ante el demiurgo de mi mundo.

Me he quitado un guante para tocarlo, para saludar con caballerosidad al enemigo a abatir. He apoyado la palma sobre su superficie y he sentido una

sensación que no acierto a describir. Siento calidez al tocarlo; parece que irradia calor, como si estuviese vivo. Su tacto es suave, aunque se aprecia su dureza. El científico que soy me urge a escudriñar esta pared inmensa, inabordable, única y casi mágica. Me quito el otro guante y la bufanda. Sigue haciendo frío, pero sin viento es soportable. Además, cuanto más lo toco, menos frío siento. Lo acaricio con ambas manos, cierro los ojos, apoyo mi rostro en su materia, pego una oreja al muro. Quiero entenderlo, necesito saber. He de escudriñar su materia, su esencia, para poder conocerlo. Busco inútilmente una grieta, un lugar por donde abordar el ataque. Sé que no hay ninguna. Mis colegas nos lo describieron, nos explicaron cómo es, qué se siente ante su presencia, qué majestuosidad emana de él. Vimos fotografías y vídeos, pero nada es comparable a contemplarlo en persona. He de admitir que lo encuentro hermoso, sí. Es una obra inmaculada que surgió como la culminación de siglos de estudios y avances científicos. Lo encuentro perfecto, tan perfecto dentro de su iniquidad que me despierta un sentimiento de admiración y respeto al tiempo que de asco y temor. Lo aborrezo y me resulta fascinante. No hay nada construido por la mano humana más eficiente que el muro. Lo idearon para dividir, para separar el mundo, para aislar una parte de la otra, y lo hace a la perfección. Es demasiado eficaz para nuestros estándares. Somos seres imperfectos y su perfección nos abruma, nos sorprende y nos provoca estupor y pavor. Pero la culpa no es suya, sino nuestra, que tomamos decisiones a la ligera, sin calcular los riesgos, sin estimar los costes sobrevenidos. Se le pidió que no dejara pasar a nadie y ha cumplido su cometido. Nosotros erramos porque nos empeñamos en separarnos, en coartar las esperanzas de los demás, en atesorar migajas que robamos a nuestros hermanos. Y el muro, en su tenebrosa hermosura, ha cumplido su cometido mejor que cualquier persona y que cualquier muralla precedente. No es culpable, aunque sus creadores, al contemplar su obra, se hayan asustado e intenten destruirlo. Si pudiera pensar, se preguntaría por qué lo odiamos. Qué he hecho mal, oh, creador, imploraría al *homo sapiens* que lo mira, atónito y furioso, allá abajo, junto a la llanura. He cumplido lo que me ordenaste. Hice lo que me pediste y lo hice bien. Por qué me odias entonces, repetiría confuso el monstruo. Por fortuna no piensa, no siente. Solo crece y se robustece, buscando la división perfecta del mundo para la que fue concebido.

* * *

Al cabo de varias semanas, empezaron a llegar los primeros refugiados al centro. Sus rostros no pudieron disimular la sorpresa que les produjo encontrar un grupo de científicos bien pertrechados y alimentados trabajando con un potente equipo informático en un laboratorio montado en uno de los dormitorios. Llegaban exhaustos, sucios, famélicos y desolados por la violencia, la muerte y la destrucción que habían dejado atrás. Sus miradas huidizas reflejaban el horror del que habían escapado. Sus pupilas llevaban impresa la imagen de la hecatombe y la brutalidad de la que habían sido testigos. Los ojos de los niños eran insoportables. Aquellas miradas alucinadas, rotas e incapaces de comprender me dolían de manera especial. Su inocencia había sido destruida, aniquilada, extinguida por completo. Por eso traté de evitarlas. Todos, sin excepción, debían de haber pasado mil pruebas y sufrimientos antes de llegar allí. Era un grupo variado, hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, fuertes, en apariencia sanos, y llegaron con los que debían de ser sus hijos o huérfanos a los que no quisieron abandonar. Su aspecto, paupérrimo, no sorprendía tanto como el dolor que cruzaba sus caras. Me pregunté cuántos muertos habrían dejado atrás, cuántos de los suyos no lo lograron y por encima de cuántos habrían tenido que pasar para poder sobrevivir. No pretendía juzgar a nadie, solo hacerme una idea de lo que me tocaría vivir a mí llegado el momento. Sus miradas nerviosas, desconfiadas y en constante estado de alerta, sus ceños fruncidos en un rictus que los asemejaba entre sí, sus cabellos, encanecidos demasiado pronto, mostraban un dolor y un trauma que nunca habrían imaginado vivir. Entre ellos, como fuimos sabiendo después, había bomberos, abogados, taxistas, oficinistas, estudiantes, ingenieros y todo tipo de gente normal con vidas normales y deseos normales cuyas vidas habían saltado por los aires.

Los autobuses de refugiados continuaron llegando sin descanso durante las siguientes semanas. El Gobierno estaba seleccionando y evacuando a los centros que había por la periferia de todo nuestro mundo a quienes habrían de sobrevivir y recomenzar nuestra civilización. Nuestro centro estaba pensado para albergar a doscientas personas, aunque al poco tiempo ya éramos casi mil. No tardamos en sufrir rapiñas en los almacenes, peleas en la cocina y algunos altercados con muertos que nos hicieron comprender hasta dónde habíamos llegado, hasta qué punto nos habíamos degradado como sociedad. El ejército decidió reforzar el destacamento armado y los militares, usando la fuerza sin ningún recato, lograron imponer el orden y pacificar el centro durante un tiempo. Se empezaron a racionar las provisiones en espera de que llegasen más suministros. Una vez a la semana, aparecía un camión con todo

tipo de avituallamiento. Eso nos aliviaba porque no enviaron a más refugiados y pensábamos que, con suministros periódicos, la calma no tardaría en alcanzarnos a todos. No obstante, el día que alguien reconoció a uno de los científicos, antiguo profesor de la facultad de Química en la capital, todo se fue al infierno.

* * *

He dormido bien. Me he despertado a mediodía, con el sol ya muy alto. Eso significa que he dormido unas doce horas. O quizá treinta y seis, qué sé yo. Hace tiempo que perdí el reloj, o que me lo robaron. Era un objeto inútil en un mundo caótico. Los relojes y los calendarios se idearon para ordenar la vida, el tiempo de trabajo, de ocio, los ritos y todas y cada una de las obligaciones orgánicas de la sociedad. Ordenaban el mundo, lo reglamentaban, dividían la vida en compartimentos de tiempo a los que se asignaban las más diversas funciones personales, laborales, sociales, políticas, públicas y privadas. El muro trajo el caos, nos devolvió al origen, a nuestro estado primigenio, y ya no precisamos medir el tiempo. El muro nos ha devuelto al horario natural, al calendario de las estaciones. El ciclo solar, en un mundo sin nubes, me ha ayudado a mantener cierto orden en mi camino. Avanzar, descansar, alimentarme y dormir, sin pausa, sin alterar el ritmo, *ora et labora*, como un autómata, como un reloj, como las hojas de un calendario. Solo con organización lo podía conseguir. Y así ha sido. He llegado. Lo logré. He alcanzado el muro y sigo con vida para contarla o, al menos, para contármelo a mí mismo. Me quedan bastantes raciones y varios litros de agua enriquecida. Me recuperaré, dormiré, leeré y después pensaré en la manera de derribar el muro.

Nos acusaron de estar detrás del caos. Éramos científicos, estábamos los primeros en el centro de refugiados y nuestro aspecto distaba bastante de la presencia depauperada de quienes habían llegado en aquellos autobuses. Alguien chilló en medio de la turba que nosotros habíamos construido el muro, que éramos los responsables, que los muertos, ya millones, decenas de millones, quizá cientos de millones, nos apuntaban con su dedo acusador. Éramos los culpables y debíamos pagar por ello.

El destacamento militar disparó a matar. No había comida para todos ni agua ni medicinas y vivíamos arracimados, así que si morían diez o cien poco importaba; los demás podríamos sobrevivir un poco más. La masa nos arrojó sillas, nos atacó con cuchillos, nos bombardeó con puños rabiosos en el extremo de brazos delgados, impulsados tan solo por la rabia, por el odio y,

sobre todo, por el miedo. El grupo de científicos nos convertimos en el chivo que debía expiar los males del mundo. Solo la ciencia podía ser responsable del apocalipsis que asolaba este pedazo del mundo. Arrebatarlos la vida no solucionaría el problema, pero, a sus ojos, vengaba el exterminio que padecían las familias, los pueblos y las ciudades asoladas que habían dejado atrás. Fue inútil tratar de explicar, de argumentar, de pedir calma. Aquel profesor, el que alguien reconoció, murió a consecuencia del linchamiento de una turba enloquecida. Otros cuatro científicos resultaron heridos de gravedad y terminaron falleciendo debido a los traumatismos, hemorragias internas y a un infarto. El equipo médico del que disponíamos se reducía a una enfermería básica con vendas, material esterilizado, antibióticos, desinfectantes y otros medicamentos de uso corriente. Pero no había personal médico. Era imposible someter a nadie a cirugía. Había un desfibrilador que usamos de forma infructuosa. Durante la lucha, mientras las balas segaban la vida de aquellas personas de forma indiscriminada, la jefa del comité, él y yo nos encerramos en un aseo, presos del miedo y avergonzados de nuestra propia cobardía, mientras la gente aporreaba la puerta, destruía nuestro equipo, incendiaba el laboratorio y caía, amontonándose como sacos inánimes, víctima del fuego indiscriminado de los soldados. El terror duró demasiado tiempo. Un solo minuto ya habría sido insoportable. Permanecimos acurrucados en el suelo, abrazados, bloqueando la puerta, que poco a poco recibía menos embates. El silencio vino después de que las ametralladoras callasen y de que los gritos cesasen. Aún se escuchó algún disparo aislado que intuimos como tiros de gracia. El silencio dio paso a los sollozos, a los lamentos y a los llantos de los niños. Una voz tan aterradora como aterrada escupía órdenes. Los supervivientes debieron de obedecer, ya que se los cominó a salir fuera y al poco escuchamos nuevas órdenes que arrojaba el mismo militar, aunque provenían de un lugar más alejado. Permanecimos escondidos hasta que otra voz nos llamó por nuestros nombres. Decidimos abrir cuando aquel que nos buscaba se identificó como uno de los sargentos que llevaba conviviendo con nosotros desde el primer día en el centro de refugiados. Al abandonar nuestro indigno refugio, nos hallamos en lo que sin duda tenía que ser alguno de los círculos del infierno que describiera Dante. Los cadáveres se amontonaban, hombres y mujeres convertidos en masas sanguinolentas, privados de lo poco que les había quedado tras la escasez, las escaramuzas y los asaltos en las ciudades. El suelo se había teñido de carmesí, una alfombra sangrienta cubría casi todo el salón central y el comedor. Adivinamos entre los muertos los cuerpos sin vida de algunos niños cuyas extremidades adquirían posturas

imposibles, grotescas y tristes. Sus miradas, congeladas en un rictus de sorpresa y terror, yacían sin futuro y sin la alegría que nunca debería haberlas abandonado. También contamos varios soldados entre los caídos, así como la mayor parte de nuestros colegas, algunos incluso quemados vivos cuando trataban de salvar el equipo científico. El incendio, sofocado con extintores de polvo, un recurso ilimitado en aquel mundo del muro, había devorado el laboratorio e inutilizado los ordenadores y los discos duros donde habíamos ido atesorando el fruto de nuestras investigaciones. La doctora, nuestra coordinadora, al contemplar que nuestro trabajo había quedado reducido a una masa informe de plástico y metal, prorrumpió en un grito ensordecedor que me pareció la suma del dolor de todos los muertos del mundo. Salió al exterior dando grandes zancadas. Nosotros la seguimos temiendo que la locura se desatase de nuevo. Ya habíamos comprendido que aquellos militares tenían demasiado miedo. Delante del centro, en la explanada, cientos de refugiados lloraban en silencio formando filas, encogidos, tiritando, con la cabeza baja, sin atreverse a mirar hacia los soldados que los apuntaban con sus ametralladoras, tan nerviosos, ateridos y temblorosos como ellos y que vigilaban aquella masa con una mueca asustada en sus rostros. La doctora se encaró con aquellos desgraciados, que ya no suponían peligro alguno para nosotros, que temblaban como perrillos asustados, con la mirada fija en el suelo, a donde se precipitaban algunas lágrimas, horadando la arena. Les arrojó una perorata inútil que ninguno de aquellos desgraciados podía comprender. Los acusó, sin que los soldados la hiciesen callar, de arruinar la única esperanza de supervivencia que nos quedaba, cosa que, para ser honestos, no era cierta, ya que no habíamos descubierto nada que nos permitiese albergar esperanzas de vencer al muro. No obstante, la rabia y la acumulación de estrés la llevaron a vociferar una retahíla de fórmulas y algoritmos cuyo desarrollo y metodología de aplicación práctica custodiaban las memorias de los ordenadores, ya irrecuperables. Les citó a voz en grito listas de elementos químicos cuya combinación podría haber producido algún arcano compuesto capaz de derretir el muro, de abrir una brecha en su estructura o de romper los nexos entre las moléculas que lo forman. Les reprochó el ataque injusto y brutal a unos sabios que solo eran culpables de dejarse la vida, literalmente, intentando salvarlos. Luego las lágrimas brotaron de forma salvaje de sus ojos y la voz se le quebró en la garganta. Él y yo salimos a toda prisa y, sosteniéndola por ambos brazos, la acompañamos al interior, a una sala vacía, lejos de la sangre, de los muertos, del horror y de la desesperación de los vivos. Tardó en calmarse, aunque al final lo logró. Más

tarde, mientras bebía una tisana, se limitó a decirnos en voz baja que solo nos restaba planificar el final.

* * *

Llevo acampado al pie del muro tres jornadas. He comido una ración completa cada día y no me he alejado más que unos metros para aliviar mi cuerpo. Todavía me queda pudor, escrúulos, vergüenza. Ni los animales comían donde defecaban. Aunque nosotros lo hemos hecho donde han yacido los muertos, con su sangre seca todavía visible en las paredes, en los bancos donde nos sentábamos o incluso en las ventanas. A veces me pregunto si eso sigue siendo ser humano, si la sociedad es solo la versión más sofisticada de una especie que puede desarrollarse en cualquier nivel de barbarie, higiene y violencia o si al perder lo que logramos como grupo dejamos de merecer seguir siendo llamados humanos.

He recuperado fuerzas. He logrado descansar, dormir sin ser asaltado por recuerdos, por imágenes en forma de pesadillas que el viento aullante me ha hecho padecer en estos dos meses largos de travesía. El espacio que llamo pasillo y que se encuentra entre el muro y la pared de viento está en una permanente y sobrecedora calma. Sin el vendaval azotándome, la sensación térmica es mayor, pero tengo la convicción de que este corredor, este abrigo artificial, es más cálido que el páramo, de que la temperatura es algo más alta. El calor que el muro alberga en su estructura, como si se tratara de un ser de sangre caliente, me cobija y hace que me arrellane durante horas contra su lisa, suave y pálida piel, arrebujado en mi viejo abrigo, sucio y ocre, apestoso y confortable. Duermo todo lo que puedo; leo, como y vuelvo a dormirme. Me comporto como si estuviera aguardando algo que ha de venir. Aunque no sé lo que es. Cuando salí del centro de refugiados, tenía las ideas más claras. Ansiaba derrotar al monstruo, pese a que el viaje era en sí mismo un reto que a cualquiera se le antojaría temerario e incluso insuperable. En el fondo de mi alma, probablemente, deseaba sucumbir, caer derrotado a medio camino, consumirme en medio del páramo, momificarme y cubrirme de arena y polvo, olvidado e insepulto, a merced del viento, bajo la mirada lejana y hierática del muro, vencedor indiscutible, amo de este lado del mundo y quién sabe si del otro también.

Sin embargo, como le prometí en su lecho de muerte, he llegado. Y ahora creo que veo lo absurdo de nuestra contienda, de la batalla que emprendimos contra el muro. En realidad, es el monumento a nuestra derrota como especie, como civilización, como seres hermanados que nacen, lloran, sangran, aman,

ríen y mueren por igual en cualquier parte del globo. Y este monumento dice y dirá a quienes lo contemplen en el futuro, sean humanos o visitantes de otros mundos, que nunca aprendimos esa lección tan básica; les explicará que nos empeñamos en separarnos, en discriminar, en expulsar, en temer y en odiar. El muro, tal vez, no debería ser derribado. Quizá sea mejor conservarlo como memoria de la ignominia que la humanidad ha causado cada vez que se ha erigido en juez para decidir quién tiene derecho a un futuro y quién no. O como recuerdo de la osadía que cometimos cuando juzgamos y sepáramos familias, etnias o culturas, o tal vez tan solo como estela funeraria de los seres que se arrogaron el derecho sobre la vida y la muerte de sus semejantes. El muro será el más grande y hermoso testigo de la vanidad humana, del egoísmo, de la estupidez que reina a través de los siglos, pese a los millones de libros escritos.

Bebo un sorbo de agua, o mejor dos. Ahora me permito el lujo de beber por la mañana y antes del ocaso. Mi cuerpo lo agradece; parece que recupera vitalidad con estas porciones extras de alimento y bebida. Llegar al muro y poder contarlo es un logro, una hazaña del género humano, que, a este lado del coloso, apenas tiene ya miembros que puedan cantar tamaña epopeya. Observo la cantimplora. Se me escapa una sonrisa amarga; el agua enriquecida fue un regalo envenenado, un invento de la ciencia para alargar la agonía de los supervivientes.

Las semanas siguientes al motín, a la desigual batalla, a la reyerta o, sin ambages, a la matanza fueron tensas. Se respiraba una calma falsa, una sospecha constante, un pavor difícil de disimular y sobrellevar. Hubo más de doscientos muertos aquel día, a los que se sumaron otros cincuenta durante las jornadas siguientes a causa de las heridas, de la escasez de medicamentos, de la falta de médicos, de la ausencia de cuidados adecuados, de higiene y de comida variada y abundante. Los pocos miembros del comité que quedábamos en pie retomamos nuestras investigaciones. A pesar de que se había perdido la mayor parte de nuestro trabajo, pudimos salvar un par de ordenadores y recuperar la información de algunos discos duros. La jefa del comité, él y yo seguíamos estudiando los datos, analizando las ecuaciones, explorando las posibilidades. Pese a nuestros esfuerzos, nos topábamos siempre con muros infranqueables, con resultados infructuosos, con errores insalvables. Llegó el día en que no nos quedó ninguna idea nueva, ningún hilo del cual seguir tirando; un día en el que nos hallamos ante la convicción de haber sido vencidos. Nos sentamos en el comedor agotados, frotándonos los ojos, enrojecidos y doloridos por la prolongada exposición a las pantallas de

las computadoras, y tomamos café hasta que la máquina dejó de producirlo. No le faltaba agua, sino café. Entonces nos percatamos de que hacía más de dos semanas que el transporte militar que nos había ido abasteciendo durante todo aquel tiempo no había regresado. No habían llegado más refugiados, pero tampoco suministros. Consultamos con el capitán al mando, que desde el motín no apartaba el dedo del gatillo de su ametralladora y cuyo temperamento, frágil y nervioso, lo convertía en un peligro en potencia para todos nosotros. Nos dijo, en un susurro acompañado de una mirada tan feroz como insegura, que hacía varios días que se habían cortado las comunicaciones con el alto mando militar, con el ministerio y con la capital. Nos ordenó guardar silencio porque los refugiados también habían notado que los víveres comenzaban a terminarse y la situación en el centro era un polvorín.

Asentimos y regresamos frente a los ordenadores. Aunque en vez de retomar unas investigaciones y simulaciones informáticas que ya habíamos realizado mil veces, todas ellas sin éxito, nos dedicamos a navegar por la red en busca de noticias. Descubrimos que las páginas de los periódicos y de los canales de noticias llevaban días sin actualizarse. El tiempo parecía haberse congelado en un pasado reciente, pero definitivo. Supusimos que el caos, el pillaje, la violencia y la desesperación de los que hablaban las noticias y que habían alcanzado todos los rincones de este lado del muro debían de haber empeorado con el transcurso de los días hasta obligar a las redacciones de los diarios y de todos los medios de comunicación a huir, a luchar en primera persona por la supervivencia o a protagonizar sus propios pillajes y actos de violencia a fin de poder beber un poco de agua o de llevarse a la boca algo de comer. Era muy probable que quienes habían firmado las últimas crónicas de aquellos diarios anclados en el tiempo fueran ya víctimas del mismo apocalipsis que habían anunciado en grandes titulares. Intentamos ponernos en contacto con otros científicos, con colegas que sobrevivían en sus ciudades, a cientos de kilómetros, a través de mensajes cifrados, pero no respondió nadie. Nos invadieron el pánico y el convencimiento de que nos habíamos quedado solos, de que las estructuras de poder habían caído, de que el único resquicio del mundo que habíamos conocido estaba entre las paredes de aquel centro de refugiados. Sin embargo, allí también habían llegado la violencia, el caos, el miedo y la muerte. Corrimos a la despensa y nos encontramos las puertas candadas y a dos militares bien armados custodiándolas. Comprendimos que la destrucción que el muro arrojaba sobre nuestro mundo asediaba ya aquel edificio, en el que vivíamos demasiadas

bocas que alimentar. Fuimos conscientes de que estaba a punto de iniciarse una lucha por la supervivencia de la que no podríamos huir. Una batalla que, lo sabíamos también, solo garantizaba vivir un poco más que los demás, unas semanas o meses más, porque el destino de todos era el mismo desde hacía ya mucho tiempo.

Aquella misma noche se racionó la comida reduciéndola a porciones insuficientes, hecho que provocó protestas tímidas y aisladas, dado que el destacamento militar, menor en número pero mucho más irascible que antes del motín, nos vigilaba sin descanso con sus ametralladoras preparadas para abrir fuego. De un día para otro, habíamos dejado de ser refugiados, supervivientes, la esperanza de nuestra patria, como nos dijo el primer día aquel general y secretario de Ciencia, que, con toda probabilidad, habría pasado ya a engrosar la lista de bajas, para convertirnos en prisioneros. Estábamos sometidos a una estrecha vigilancia las veinticuatro horas y ya no teníamos derecho a nada. Solamente, nos espetó el capitán una mañana en la que los ánimos parecieron amanecer algo más agitados, conservábamos la libertad de marcharnos. Los soldados nos recordaban aquella opción cada vez que escuchaban alguna queja o comentario crítico con la nueva situación. Las puertas están abiertas. Quien no esté a gusto que se marche. Muchos lo pensaron, aunque aventurarse en el páramo equivalía al suicidio. El pueblo más cercano estaba a varias jornadas a pie y nadie podía albergar esperanzas, a aquellas alturas, de que quedara nada ni nadie. Y, en el caso de encontrar supervivientes, era demasiado probable que estos no acogieran de buen grado una nueva boca que alimentar. Un recién llegado tan solo podía esperar sospechas y hostilidad. Había pasado demasiado tiempo desde que todo empezó a colapsar, desde que el egoísmo institucional nos empujó al personal.

Aparte de la sensación de temor que casi podía olerse en el aire, empezamos a percibir un hedor a suciedad y desperdicios que, si bien nos causaba náuseas al principio, acabó por convertirse en algo habitual y, con los días, nos fuimos acostumbrando a él hasta que acabó por pasarnos desapercibido. La razón de aquella hediondez fue que ya no había agua corriente. Hacía mucho que estaba restringida y que había cortes regulares. Nos habíamos ido adaptando a unas franjas horarias cada vez más estrechas. Nos organizábamos para ir al aseo y para usar la cocina gracias a la disciplina castrense que nos fue impuesta. No obstante, una mañana, sin previo aviso, los grifos enmudecieron del todo, de modo que los aseos se clausuraron y la comida ya no podía cocinarse con agua. Eso alteró por completo nuestra

dieta. Además, nos ordenaron que, a partir de entonces, saliésemos al exterior para hacer nuestras necesidades en una zanja cavada al efecto y que usáramos una pala para cubrir con arena lo que dejásemos allá. El agua embotellada se custodiaba bajo llave, amén de estar mucho más racionada que antes. Fue al cabo de una semana, una vez que el olor agrio a sudor, a efluvios humanos y a suciedad lo colmaba todo, convirtiendo el aire en una pasta maloliente que no teníamos otro remedio que respirar, cuando la jefa del comité científico sugirió la idea de enriquecer el agua a fin de multiplicarla. Había calculado que, de seguir consumiéndola a la manera tradicional, aunque se racionara hasta lo irracional, no duraría más de unas pocas semanas. Nos explicó que, años atrás, había trabajado en un proyecto que buscaba soluciones que paliaran la sequía que azotaba el campo. Aquellos estudios habían quedado relegados al olvido cuando empezó la caza de brujas contra los científicos. El procedimiento químico que permitía aquel prodigo es complejo de describir; sin embargo, el resultado era sencillo y práctico. En realidad, más que enriquecer el agua, la teníamos que comprimir añadiendo oxígeno e hidrógeno del aire, así como minerales de los que disponíamos en abundancia en la arena y el polvo de la llanura. El resultado era un gel incoloro, inodoro y con un ligero sabor a sal. El líquido, agradable al paladar y con una textura que recordaba a la miel, reaccionaba con los ácidos del estómago y producía abundante agua líquida que hidrataba el organismo. Un solo sorbo de aquel gel equivalía aproximadamente a un litro de agua. Así que, emulando el milagro de los panes y los peces, las reservas de agua se podrían multiplicar de forma considerable. Al trasladar a los militares la idea, pensaron que estábamos locos. Se burlaron y reaccionaron como si fuera una broma. Hubo que hacerles una demostración. Como era de esperar, cuando vieron con sus propios ojos una muestra, nos dieron su aprobación. Los refugiados, en cambio, no lo aceptaron de forma tan positiva. No se fiaban de nosotros. Seguían acusándonos con la mirada de todos los males del mundo. Hubo incluso quien sugirió que en realidad tratábamos de envenenarlos, de eliminarlos para quedarnos con más raciones. Algunos se negaron a beber el agua enriquecida. Pero, cuando vieron que no solo nosotros, sino también los soldados bebían aquel gel, se convencieron de que no era nocivo. Así, en cuanto sintieron que la sed desaparecía de forma efectiva y que aquel aporte extra de agua les resultaba tan beneficioso, sus miradas de trueno se apaciguaron. El capitán nos preguntó días más tarde, retornando al consabido pasaje bíblico, si no habría forma de hacer lo mismo con la comida. Me temo que no es posible con lo que tenemos aquí para trabajar, respondió nuestra

jefa científica, pero lo que vamos a intentar es deshidratar los alimentos perecederos para que no se estropeen. Y esa fue nuestra labor desde entonces. Los esfuerzos para la destrucción del muro quedaron relegados al olvido y, a cambio, devinimos alquimistas que se esforzaban por alimentar a una muchedumbre el máximo tiempo posible con varias latas de judías y un montón de barritas energéticas.

Trabajamos duro durante semanas, tiempo que se nos hacía agónico y que transcurría con exasperante lentitud. Los refugiados pasaban el día en el exterior, abrigados y arracimados ante el avance inexorable del calendario hacia el solsticio de invierno. Consumían el tiempo paseando, sentados unos junto a otros, hablando en susurros, fumando, porque tabaco había de sobra, o en un preocupante silencio que se acompañaba de una mirada perdida. Algunos jugaban con los niños, a quienes se intentaba distraer del mal que nos aquejaba a todos, procurando que aquello a lo que se había reducido la vida no fuera tan horrible para ellos. Muchos, sencillamente, se dedicaban a recordar el pasado. Recordar es lo único que le queda por hacer a quien ya no tiene camino que recorrer. Y esa era la realidad de los refugiados: vivían cada día para esperar el siguiente. En cambio, nosotros, los científicos, siempre bajo la supervisión de una pareja de soldados, dedicábamos todo nuestro tiempo a una batalla que estaba perdida de antemano, puesto que, por mucho que lográsemos alargar y multiplicar las raciones, en algún momento se acabarían. De todas formas, en nuestro día a día también nos enfrentamos a pequeñas batallas privadas, como, por ejemplo, luchar contra la tentación de llevarnos algo a la boca mientras trabajábamos.

Nadie, durante los casi dos meses que transcurrieron desde el último mensaje del mando militar, se había atrevido a preguntar en voz alta qué estaba ocurriendo en las ciudades, cómo estaba la patria o si existía aún un Gobierno al frente de este lado del muro. En cambio, de noche, en los dormitorios comunitarios, los rumores, los temores y los malos augurios saltaban de cama en cama en forma de susurros, alimentando el miedo, las sospechas y la inseguridad.

El día que llegó el motorista, justo en el momento en el que debía de estar divisando en su horizonte el centro de refugiados y se encaminó hacia allí, una mujer de mediana edad, ingeniera de caminos en una gran empresa hasta hacía unos meses, como explicó ella misma al presentarse, se puso en pie en mitad de la comida, cuando todos los demás nos esforzábamos en dejar los platos relucientes rebañando hasta la última migaja, y, con palabras cansadas y resignadas que parecieron brotar de su garganta con sumo esfuerzo, preguntó

al capitán si tenía noticias del Gobierno, si nuestra situación era provisional o si debíamos esperar que el hambre y la debilidad nos acabara matando uno por uno. Lo dijo todo seguido, sin vacilar, con voz afectada, pero segura de sí misma, mirando a los ojos al que estaba al mando, aquel militar imberbe de mirada temblorosa y nervios quebrados. El silencio se cernió sobre el comedor, como si la muerte que nos acechaba desde lo alto del muro ya hubiese alcanzado el centro de refugiados, anexionándolo a sus dominios oscuros. El capitán, visiblemente nervioso y contrariado, intercambió miradas fugaces con sus subordinados, tenientes, cabos y sargentos, que lo miraron a su vez sin saber cómo responder. Conteste, por favor, insistió la ingeniera, sosteniéndole la mirada. Aquí hay niños. Nos dijeron que nos habían elegido para sobrevivir, para salvar la civilización. Pero la comida se está acabando. Lo sabemos. Además, hace semanas que no viene el camión de suministros. Estamos preocupados y exigimos respuestas. No somos prisioneros. Ustedes están aquí para protegernos, no lo olvide, añadió alzando la voz, en tono desafiante incluso. Los que quedábamos del comité científico, reconvertido en un equipo de pinches de cocina experimental, observábamos con atención y una tensión insopportable al joven militar, quien estaba a pocos metros de distancia y por cuya frente veíamos resbalar gotas de sudor. Entonces, cuando el silencio no podía durar más, una de las puertas correderas que daban al exterior se abrió con el consiguiente chirrido. El viento penetró con audacia arrastrando un puñado de arena y el vano lo ocupó un hombre vestido de motorista, con gorro de piel, gafas aislantes, botas robustas, alto, fornido, con poblada barba y espeso bigote y una escopeta de caza en la mano. Todos volvimos la mirada hacia la puerta. El viento frío, presagio de lo que sin duda venía a continuación, recorrió el comedor en un segundo. El motorista sonreía, contento de haber encontrado gente. Pero el capitán, sin mediar palabra, le disparó una ráfaga de muerte que nos sorprendió a todos, comenzando por el propio motorista, quien cayó muerto al instante con aquella sonrisa todavía en el rostro, petrificada. Lo siguió la ingeniera, a la que también alcanzaron las balas de aquella primera batida y que cayó inerte sobre su plato de comida aún caliente. Cuando los gritos se alzaron como el trueno que sigue al relámpago, el resto de los militares abrió fuego de manera indiscriminada y enajenada sobre los refugiados, cuyos aullidos de dolor y pánico se me clavaron en el fondo de mi ser para el resto de mi vida.

* * *

Ayer leí hasta quedarme dormido. El libro rodó sobre mi pecho y cayó a mis pies abierto. Las páginas ni se han movido. La calma en este extraño corredor entre el muro y la ventisca es absoluta, tan misteriosa como apaciguadora. Me desperezo. He descansado bien. Miro a mi alrededor sin moverme. Observo el libro. De haber caído un poco más lejos, habría salido volando hasta perderse en algún lugar lejano de esta tierra yerma. Recuerdo de repente que me ha despertado un ruido, un sonido conocido, familiar, que he pensado que surgía de mi sueño, del tiempo anterior a que todo se desmoronara, antes de que perdiésemos la apariencia de humanidad. En realidad, desde que ideamos el muro nos condenamos como sociedad, aunque los efectos los percibíramos mucho más tarde. Esto es una constante en la historia, la más despreciada entre las ciencias sociales. La conocemos, la citamos, exigimos a los demás que aprendan de ella para no repetir los mismos errores de sus antepasados, para inspirarnos en los aciertos, para emular sus logros, y, a pesar de todo, hemos cometido los mismos crímenes generación tras generación, nos hemos equivocado una y otra vez, hemos reincidido en errores ya conocidos, aunque cada vez con peores efectos, con consecuencias más lesivas, más crueles, más letales. El muro y sus consecuencias no son una excepción a esta regla; son la culminación de una tendencia, de una norma, de una forma de ser como especie. Tal vez quienes sobrevivan, si el muro no ha convertido en un páramo yermo el resto del planeta, aprendan de una vez para siempre la lección. Porque solo cuando aprendemos con esfuerzo y sacrificio recordamos.

El ruido resuena en mi mente, que se ha despertado antes que mi cuerpo. Me siento entumecido. Creo que estaba soñando con alguno de los coches que conduje de joven, aquellos fantásticos vehículos tan caros que, siendo de importación, se convirtieron en modelos exclusivos desde que el muro nos aisló del mundo. Me gustaban los modelos únicos y me apasionaba conducir, sentir el mundo deslizarse bajo mis pies o el viento golpearme en la cara cuando me ponía al volante de aquel modelo descapotable que tantos momentos inolvidables me proporcionó. Todo resulta lejano ahora, incluso irreal, como un sueño, recordándolo desde este extremo de la llanura, sentado sobre la tierra muerta, descansando la espalda en el muro, con los ojos a medio abrir, viendo ante mí el libro en el suelo, un poco más lejos la cortina de viento y, más allá, la tierra estéril; sintiendo laxitud y pesadez en los párpados, en los brazos, en todo el cuerpo, sintiendo incluso algo parecido a la paz. Creía que no te volvería a ver, oigo decir a una voz a mi derecha. Me vuelvo, desorientado, con esfuerzo y veo algo que ni siquiera se me había

pasado por la imaginación. Es ella, la jefa del comité científico, la catedrática que nos alargó la agonía al desarrollar el agua enriquecida, la doctora que decidió aventurarse sola en la llanura y enfrentarse al muro hace más de un año. Ha parado la moto a un par de metros de mí. Desmonta como si descabalgara. Lleva la melena nívea recogida en una coleta. Se ha bajado las gafas al cuello y se ha desatado el gorro con orejeras. Me sonríe. Se alegra de verme; al menos eso me dicen sus ojos, pequeños, intensos, curiosos. Lleva la escopeta en la mano, aquella que le arrancamos al motorista de la suya, rígida y fría. Va bien abrigada, bien pertrechada. La moto arrastra un carro con provisiones, el carro que la ayudamos a preparar cuando decidió partir. Estoy convencido de que sigo soñando, de que mis ojos cansados ven lo que no es, de que mi cerebro, de tanto pensar, de tanto recordar, inventa una realidad que se solapa con la que me ha tocado vivir. Ella nos lideró desde el principio, coordinó las investigaciones del comité en la clandestinidad y después, en el centro de refugiados, se enfrentó a los amotinados, nos dio esperanzas, nos alentó a trabajar y, cuando todo se desmoronó definitivamente, decidió hacer un experimento por sí sola, dejándonos en el refugio, escapando de la agonía que ya se había enseñoreado de aquel lugar, que cada día se parecía más a una morgue. Nos dejó al mando, a él y a mí, al frente de los supervivientes, al timón de un barco que hacía agua y que estaba condenado a perderse en la oscuridad del abismo en el que se había convertido nuestro pedazo de mundo, este que el muro domina con su impertérrita majestad.

La doctora en Ciencias Experimentales se sienta a mi lado. Es real. No sueño. Puedo tocarla. Nos abrazamos. Tiene buen aspecto, aunque ha adelgazado un poco más. Cuando decidió marcharse, ya estaba flaca. Parece que el cuerpo humano puede irse deshaciendo de capas sobrantes, como una cebolla, reduciendo su tamaño, renunciando al espacio que ocupa en el mundo, hasta límites insospechados. La veo pequeña, enjuta, transparente casi, pero rotunda en su mirada, sin que haya perdido ni una pizca del halo de autoridad que tuvo siempre.

Me pregunta por qué he venido hasta aquí, se interesa por los refugiados, por él. No sabe que falleció. Baja la mirada cuando se lo explico. Luego me mira compasiva y me acaricia el rostro. Susurra un lo siento que apenas escucho, aunque ninguna palabra de consuelo alivia el dolor profundo que supone una pérdida así. Le digo que solo me di cuenta de cuánto lo quería cuando murió, porque el dolor se siente con más nitidez que el amor. Y me dolió muchísimo. Me sigue doliendo como si me estuvieran clavando un hierro oxidado, afilado y repleto de rebabas puntiagudas con el que

escarbaran con saña en mis entrañas, removiéndolas, como si fuera un caldero de casquería. Por eso he sabido cuánto lo quise, cuánto lo amo aún, porque me duele a morir. Así me siento, le digo. Se lo explico a ella y, al decirlo en voz alta, me lo explico a mí mismo. Ella asiente. Nunca hablé tan abiertamente de mis sentimientos. No es un código conversacional que haya dominado nunca.

En casa de mi madre se hablaba de resultados económicos, de éxito o fracaso, de alianzas, de contratiempos, de intereses, de conveniencias, de amigos y enemigos, de precios, de ganancias, de provecho, de traición, de lealtad, de dinero, de oportunidades. No se hablada, en cambio, de sentir, de amar, de temer, de anhelar, de ilusionar, de gustar, de añorar. No me importa con quién te encames, me dijo un día mi madre cuando supo que cada vez sentía más predilección por el sexo masculino, para su propio disgusto y el de su círculo social, pero tienes que darme un nieto, un heredero. Ese era el gran problema que le quitaba el sueño. Fui hijo único y el imperio empresarial que mi madre había levantado con innumerables sacrificios pasaría a mí a su muerte. Nunca lo pedí ni lo deseé, pero era mi derecho y mi obligación. Porque ese regalo de la casualidad que me hizo nacer en aquella casa me imponía un deber que se me antojaba medieval, de carácter aristocrático, como alguien se molestó en explicarnos en la escuela aseverando que era costumbre arraigada en los viejos países. Mi madre necesitaba que tuviera un heredero que llevara nuestro apellido, quería que continuase su estirpe para que su vocación de extender el imperio industrial, el poder de la familia, fuera posible. En cambio, yo no deseaba hijos y así se lo manifesté. Ya la había desobedecido en el pasado sin mayores consecuencias, pero contradecirla en aquel tema, crucial para ella, para su fantasía imperial, provocó que se desencadenara toda su furia. Como mucho, capitulé, adoptaría un crío. Hay muchos desgraciados que traen niños al mundo y no tienen con qué mantenerlos, argüí. Sería como si le tocase la lotería, añadí a sabiendas de que estaba azuzando a la bestia. Y es que, con veinte años, tener descendencia era la última de mis preocupaciones, muy por detrás de divertirme, saltar de cama en cama, ir de fiesta o pasarlo bien hasta caer muerto y despertar en alguna alcoba desconocida. Adoptar no es una opción, ni pensarlo, replicó furiosa. Mis descendientes tienen que tener mi sangre, bramó, mis genes. Mi madre caminó por el salón respirando profundas bocanadas, que sonaban como si fuera una fiera a punto de lanzarse sobre su oponente, con pasos largos sobre la carísima alfombra persa, importada hacía años, en uno de los últimos buques de mercancías que arribó a nuestras costas, poco antes de que el muro

emergiese en el límite de nuestras aguas territoriales y se acabara el comercio internacional. Yo la miraba divertido e imaginaba que se movía igual que lo haría una leona enjaulada. Entonces se sentó en el brazo del sofá y adoptó la postura reflexiva que tomaba cuando le sobrevenía un problema de difícil solución. Estiró las piernas, cruzó los pies, apoyó los brazos sobre la cintura y la barbilla en un puño, escudriñando el horizonte con los ojos entornados mientras su mente cavilaba. Le ordenaré a mi abogado que busque una chica sana en una barriada industrial. Le solucionaremos la vida durante unos años y no nos dará problemas, sentenció. Gestará a mi nieto y desaparecerá en silencio. Protesté, aunque ya no me escuchaba; seguía haciendo planes. Si encuentras un hombre que te aguante y os casáis, todo será más fácil, añadió. Hay técnicas que hacen milagros. Lo leí hace tiempo. Pueden coger el ADN de uno de los padres y transformarlo en una célula germinal. Luego se introduce en un óvulo que se ha vaciado y se fecunda con el esperma del otro padre. O incluso pueden usar tus genes para crear células reproductivas masculinas y femeninas. Sería cien por cien de nuestra sangre, añadió con la mirada iluminada. Después se usa el útero de una mujer como incubadora humana. Cualquiera que sea la técnica, a todos los efectos, legales y biológicos, será hijo tuyo. La mujer nunca podrá reclamar porque solo habrá ejercido de contenedor. Sus genes no estarán en mi nieto; estarán los míos, espetó mirándome fijamente a los ojos. A través de ti, claro, concluyó satisfecha y mucho más calmada. Como hacía siempre que daba por finiquitado un asunto, dio una sonora palmada, se levantó y me dio un beso en la mejilla antes de irse a su despacho. Mi madre era así, resolutiva y déspota. Eficiente y dominante. Sin embargo, a mí no me pudo dominar. Nunca cumplí sus órdenes, sus deseos, sus sueños.

Aunque llevaba un tiempo conviviendo con él cuando mi madre enfermó, no llegamos a casarnos porque las leyes cambiaron en plena preparación de la boda. Con la implosión de la sociedad resurgieron las viejas religiones, cerriles y tiránicas, a las que la gente se aferró con desesperación en busca de culpables y salvación. El poder, siempre atento a su propia supervivencia, hizo lo propio y asumió aquellas oxidadas normas morales que habían regresado con ferocidad. Renegó de los logros civiles a cambio de la vieja promesa de redención. Así, de un día para otro, dejamos de ser legales y nos convertimos en criminales. Nuestra relación pasó a ser un delito, amén de un pecado, y nosotros, solo por existir, por ser, nos convertimos en reos, en responsables de todos los males o en chivos expiatorios. El Gobierno decidió que lo que éramos y lo que hacíamos era intolerable para una sociedad

decente, afirmó con vehemencia que éramos corruptores y fuente de degeneración para una sociedad que necesitaba fuerza y pureza en aquellos tiempos convulsos. La rabia creciente del pueblo debía desviarse hacia un colectivo diferente al que ostentaba el poder. Así que, con el viento del miedo y el odio a favor, se decidió acabar con todo aquel que fuera como nosotros, que sintiera como lo hacíamos nosotros y que deseara como deseábamos nosotros. El dinero de mi madre nos mantuvo a salvo del delirio de nuestros gobernantes y de los nuevos pastores que arrojaban maldiciones desde los púlpitos. Sin embargo, quienes logramos esquivar el fuego de aquella purga fuimos solo una minoría.

En cuanto al tema de la descendencia, él afirmaba que traer hijos a este mundo, al mundo del muro, era cruel e inhumano. Yo estaba de acuerdo, pero a mi madre no le decía la verdad; le ponía como pretexto que éramos jóvenes todavía. Después, llegó el cambio de las leyes y, a pesar de que ella aseguraba que podía comprar el silencio y la voluntad de quien quisiera, policía, jueces, políticos e incluso religiosos, nos negamos con rotundidad. De esa forma, desapareció toda posibilidad de darle a mi madre el principio que anhelaba para su imperio. Al poco tiempo, enfermó de repente y ya todo sucedió muy deprisa. Estando en el hospital, sacó el tema un par de veces. A pesar de la escasez acuciante, de la falta de medicamentos, de alimentos, de soluciones, ella seguía ansiando un heredero. Su fortuna resolvería todos los problemas, salvaría todos los obstáculos. Ahora, conforme están las cosas, nos costaría la mitad, dijo haciendo cábalas en su mente al tiempo que su cuerpo se desmoronaba. Yo no podía creerlo; admiré su voluntad inquebrantable, su legendaria tozudez. Cuando te cures lo discutiremos, le concedí acariciándole el pelo, zambulléndome en su mirada, que, sin decirlo, pedía socorro, ya que en el fondo era consciente de que estaba hundiéndose un poco más cada día en el lodazal de la enfermedad, la muerte y el olvido. Sin la protección de mi madre, cuyos contactos en las esferas de poder se esfumaron en cuanto la enterramos, nos quedamos a merced de las circunstancias. Aprendimos a ser discretos y a pasar lo más inadvertidos posible. Creo que, por deferencia a ella y a las industrias que yo había heredado, no sufrimos hostilidad. No obstante, se nos hizo entender que nuestro comportamiento debía ser intachable. Aprendimos a disimular y a usar eufemismos. Además, con la práctica y los años, acabamos por no pronunciar muchas palabras que antes nos definían o explicaban cómo éramos y cómo sentíamos. Un muro de silencio se cernió sobre nuestras vidas mucho antes de que lo hiciera esta inmensidad a cuya

sombra descanso. En definitiva, aprendimos a ser otros, a no llamar a las cosas por su nombre ni en nuestros propios pensamientos.

* * *

Le explico a la doctora que me fui del centro de refugiados cuando él murió, no sin antes prometerle que derribaría el muro. Ella suelta un gruñido que intenta ser carcajada y lo acompaña de una mueca que imita una sonrisa. Lo he intentado todo durante un año. Nada funciona. He probado todo lo que ideamos en el comité: ácidos, ultrasonidos, magnetismo, bacterias... Pero nada. La miro y asiento. Le pregunto cómo ha logrado sobrevivir, dónde ha encontrado combustible, dónde ha dormido. Me explica que el motorista tenía un mapa con todos los centros de repostaje marcados. Además, los aerogeneradores portátiles y el motor eléctrico han dado muy buenos resultados. El viento es una fuente de energía inagotable en este pedazo del mundo. No podía correr mucho, añade, pero un año da mucho de sí, admite; más si lo único que resta por hacer es buscar una respuesta o una salida. He dado la vuelta al mundo, continúa, al trozo de mundo que hay a este lado del muro. No hay salida. Estamos rodeados. El muro nos envuelve por completo. Es infranqueable, indestructible y eterno. He viajado por este corredor en calma. Cuando necesitaba recargar las baterías, atravesaba un rato la cortina de viento. Pero este pasillo en calma me ha permitido sobrevivir todo este tiempo. Tengo la teoría de que se ha formado porque el muro se está curvando hacia dentro, explica señalando hacia lo alto, y eso ha separado la corriente circular del muro, ya que se forma en altura, explica gesticulando. Creo que el muro acabará cerrándose como una enorme cúpula sobre nosotros y que esta parte del planeta quedará a oscuras, aislada herméticamente del exterior, añade juntando sus manos, simulando con ellas lo que es probable que haga el muro en un futuro no tan lejano. Por qué haría algo así, pregunto, más por curiosidad que por temor, ya que soy consciente de que no veré esa noche eterna, de que el tiempo que me resta es breve. Es probable que su programación haya evolucionado, que se haya amoldado a las circunstancias ambientales y que haya llegado a la conclusión de que para cumplir su cometido de manera más eficiente tiene que encerrar esta área del planeta por completo. Tiene su lógica. A fin de cuentas, un muro se puede sobrevolar. Su programa básico le ordena crecer para impedir que nadie entre en esta parte del mundo. Puede que nuestros intentos de escapar por encima le hicieran entender que necesitaba evolucionar. Tal vez acabe convirtiéndose en una esfera, cerrándose por arriba y por debajo de la tierra. Solo así garantizaría al

cien por cien la tarea que se le encomendó, concluye. Será un sarcófago impresionante, digo imaginándolo desde el exterior. Lo será, sin duda, admite. Supongo que, desde el espacio, ahora mismo se verá como una extraña y gran corona pálida sobre la Tierra, algo curvada hacia el interior, imagina en voz alta. Este monstruo solo morirá cuando lo haga el planeta, y puede que aun así sobreviva en el vacío. Tal vez cuando el Sol engulla la Tierra algún fragmento del muro salga despedido por el cosmos y caiga en otro mundo, donde puede que arraigue y vuelva a crecer, sigue fantaseando la doctora. La escuchó intrigado, porque habla con admiración, incluso diría que con orgullo. La miro asqueado, espantado de repente. El muro solo ha provocado muerte, protesto. Lo sé, admite. No era eso lo que pretendíamos. La ciencia se basa en el ensayo y error, ya lo sabes, en la experimentación. Nos pidieron un muro inexpugnable que conjurara de una vez por todas la amenaza de la inmigración. El Gobierno quería cerrar las fronteras de forma eficaz y para siempre. Pretendía apartarnos del resto del mundo, protegernos de las amenazas y garantizar nuestro estilo de vida. Le dimos lo que nos pidió. Le explicamos los riesgos, pero decidió seguir adelante. Se acercaban las elecciones. Mi mente se agita al escuchar esas palabras, aunque mi cuerpo continúa arrellanado, descansando, apoyado en ese muro que ocupa cada minuto más espacio, más tiempo y más protagonismo en nuestras miserables vidas. Quizá si el mundo entero sucumbe a su poder, si la civilización y las viejas culturas desaparecen y un nuevo comienzo prolonga la existencia humana sobre la Tierra, las generaciones venideras venerarán el muro como a un dios, tal como los antiguos imperios hacían con el sol, la luna o las estrellas. Pero será esta una deidad falsa, hija de las mentes humanas que la pergeñaron, que jugaron con los elementos y que, durante esos ensayos y errores, obtuvieron demasiados de estos últimos. Intento verbalizar lo que clamo en mis pensamientos. Trato de preguntar a la doctora si he entendido bien, si ella acaba de decirme que participó en la creación del muro, en su diseño, en su construcción, hace ahora medio siglo. Ella lee mi mirada atónita, confusa, y se adelanta al mohín de mi cara, al movimiento trémulo de mis labios resecos. Por aquel entonces, me dice poniéndose en pie, trabajaba en mi doctorado, admite apoyando su escaso peso en la escopeta. Mi director de tesis recibió el encargo del ministro, por orden de la presidencia, con la advertencia de que se trataba de un asunto de alto secreto que exigía la máxima discreción. Querían pocos científicos, los mejores, los más silenciosos. Al final solo trabajamos nosotros dos en el proyecto, añade sin disimular el orgullo que la invade. Contábamos con fondos ilimitados y las

instalaciones de una gran empresa para llevar a cabo los experimentos. Teníamos que conseguir un material que nos aislará con éxito del resto del mundo, que fuera tan alto que nadie pudiera saltarlo, tan robusto que no se pudiera perforar, resistente a cualquier máquina, al fuego e inmune a ataques químicos. El Gobierno apostaba por la autarquía, por el aislamiento total. Disponíamos de energías para autoabastecernos, de materias primas, de suficientes campos de cultivo, de población educada en el consumo y de espacio de sobra para sobrevivir. El clima social era favorable a una medida así; el pueblo lo demandaba, la opinión pública había sido moldeada durante demasiado tiempo. Nosotros, no ellos, clamaban los políticos a las masas enardecidadas, que prorrumpían en estruendosos aplausos bajo un manto de banderas. Nosotros primero, se jaleaba en las manifestaciones, me cuenta la doctora con la mirada perdida en ese pasado que yo no viví y que desembocó en el presente que sufro y en el futuro que nadie verá. Yo la escucho y siento que mi cuerpo trata de reaccionar, que intenta saltar, gritar y descargar la rabia que sus palabras concitan. Mi contribución al proyecto fue pequeña, aunque vital. Desarrollé el proceso que posibilitó fusionar los materiales básicos de los que está hecho el muro: minerales, sobre todo un grafeno de tercera generación, y el material biológico de origen vegetal cuyo crecimiento queríamos emular. Alteré el ADN de aquellos árboles para que asimilaran el material de construcción, para que lo fusionaran con sus células y lo multiplicaran, replicándolo indefinidamente, absorbiendo los minerales del subsuelo, alimentándose de la tierra, del agua y del aire, como hacen todos los vegetales. La nanotecnología actuó como motor del desarrollo de ambos elementos, minerales y biológicos, como guía del crecimiento; queríamos una muralla, no un cuerpo que creciera de forma caótica. Quienes hicieron el programa le ordenaron que adquiriera la forma que ahora vemos, que cada plantón se fusionara con los demás hasta crear un muro inexpugnable.

Cierro los ojos. Siento que las lágrimas me desbordan, que no logro contenerlas en mi interior, que ese desperdicio de líquido vital no puede detenerse, que no vale ya la pena contenerse. Grito por fin. Digo una obviedad: si ella lo diseñó, por qué no puede detenerlo, revertir su crecimiento, destruirlo, salvarnos. Si tiene elementos vivos, por qué no podemos matarlo. Le pregunto si ha fingido, si nos ha estado engañando durante todo este tiempo, durante todos estos años. Baja la mirada. Sacude la cabeza. Susurra una negativa que no me satisface, que no me convence, que me niego a creer, porque si la creo significará que no queda ninguna esperanza y necesito una esperanza, por vaga e ínfima que sea, necesito creer

que la doctora conoce el secreto del muro, que lo va a compartir conmigo y que vamos a poner fin a esta pesadilla, que vamos a dar sentido a tantas muertes, que voy a poder cumplir la promesa que le hice a mi amor en su lecho de muerte, que esta vez podría sentirse orgulloso de mí.

Trato de incorporarme, pero mi cuerpo se ha rendido y no me obedece. Solo puedo gritar, exigirle una explicación, insultarla, recordar la estela de muerte que la sombra del muro ha dejado en este mundo, responsabilizarla del infierno en el que sobrevivimos. Firmamos un acuerdo de confidencialidad, me explica. Nuestra identidad no podía figurar en ningún documento. Nos pagaron muy bien, no solo con dinero, sino con propiedades, con ascensos y con prestigio de por vida. En cinco años logré una cátedra, publiqué libros, gané premios, formé mi propio equipo de investigadores bajo mis órdenes y disfruté de una carrera profesional que ni siquiera podía haber imaginado unos años antes. Pero conservarás los diseños originales, las fórmulas, acierto a decir, aunque suena como un ruego. La doctora sacude la cabeza. No nos permitieron quedarnos con nada relacionado con aquella investigación. Era parte del contrato. Se llevaron los ordenadores, las memorias, los archivos, los cuadernos, los compuestos químicos, las pruebas de laboratorio. Todo. Solo conservo lo que logré memorizar. Y tampoco nos preocupó demasiado recordarlo porque durante veinticinco años todo pareció ir bien. El muro crecía de forma ordenada y robusta. Es cierto que requería agua, mucha agua, pero nunca imaginamos que su sed sería capaz de hacerlo crecer hasta detener las nubes, profundizar hasta agotar los acuíferos, beberse incluso el agua salada y desecar el aire. Debería haber dejado de crecer hace muchos años. Sin embargo, no lo hizo. Entonces, cuando los riesgos que decidimos asumir en su día se tornaron realidad, empecé a recabar información. Pero ya era tarde. Mi profesor y colega había fallecido hacía un tiempo. Y sus archivos personales se habían perdido con el tiempo. Estaba sola y me di cuenta de que lo único que podía hacer era esforzarme por resolver un problema que había contribuido a crear y de que si quería hacerlo era preciso que nadie supiera que yo formé parte del equipo original. De lo contrario acabaría señalada, culpabilizada y muerta, concluye.

Me muevo, me arrastro hacia ella, estiro los brazos tratando de alcanzarla; necesito retorcerle el pescuezo, descargar el dolor que me colma sobre quien lo provocó, sobre la madre del muro. Se lo digo con esas palabras y suelta una carcajada cuyo eco se pierde por el corredor en calma. La miro confuso. No te equivoques, me dice entornando los ojos. Yo hice cálculos, modifiqué células,

elaboré fórmulas, pero la verdadera madre del muro, quien de verdad lo parió, lo construyó y lo fabricó, fue la tuya.

* * *

Después de la segunda masacre en el centro de refugiados, solo quedamos un par de cientos. Todos los militares, menos un sargento que terminó disparando a sus propios compañeros, consciente de repente de que estaban acribillando a inocentes, murieron aquel día. Los refugiados, en cuanto comenzó el rugido de las ametralladoras, se abalanzaron sobre los soldados, cayendo a docenas, saltando sobre sus conciudadanos muertos, logrando, al cabo, arrebatarles las armas a aquellos custodios uniformados. La doctora, él y yo acabamos refugiándonos en la cocina, amontonados bajo el mostrador de aluminio, tapándonos los oídos, apretando los ojos, esperando nuestro turno en aquella orgía deshumanizadora. Los gritos se confundían con las ráfagas, con los cristales que estallaban y con los golpes de sillas y mesas volando por el comedor. Tras un rato, los disparos fueron espaciándose. Oímos nuevas ráfagas en el exterior, lamentos y alaridos desesperados, aterrorizados. Todo resultaba un delirio dantesco, una ensueñación alucinada. Luego, después de un tiempo que se nos antojó eterno, el silencio. No esperamos como la otra vez. Salimos de nuestro cubículo corriendo, tropezando con cuerpos inertes, agonizantes, con sillas rotas, con mesas volcadas. La sangre cubría el suelo del comedor, las paredes, las ventanas. El olor provocaba náuseas.

Por un momento, creímos que nadie más había sobrevivido a una especie de purga suicida. Pero no era así. Los disparos habían cesado al acabarse la munición. Después llegó la brutalidad en estado puro, la lucha cuerpo a cuerpo, los cuchillos, los barrotes, los puños. Recordarlo duele, describirlo quema. Solo puedo mantener los ojos abiertos para no ver, sobre el fondo oscuro de mis párpados, las imágenes que nadie debería ver nunca. Muchos cayeron apuñalados, linchados, estrangulados, víctimas de la violencia más cruel imaginable. También yo blandí un cuchillo, también yo tuve que cercenar la vida a un igual, a un muchacho de no más de veinte años con rostro simpático, barbilampiño, con quien había coincidido alguna vez en la cola del comedor, un joven curioso, estudiante de Matemáticas, que aquel día se abalanzó hacia nosotros con los ojos inyectados en sangre blandiendo una barra de hierro con ambas manos, dispuesto a abrirnos la cabeza y reducirla a lo que nosotros habíamos reducido su mundo. La hoja, afilada pocos días antes, atravesó su ropa con facilidad. Su piel tampoco opuso resistencia y, en un segundo, mi mano, abrazando con fuerza enloquecida el mango, chocó con

su pecho. Sentí su sangre caliente entre mis dedos. Pero no la miré. Mis ojos estaban clavados en los suyos, que me fijaban con odio y furia. Su mohín se transformó de rabia en sorpresa, luego en incredulidad, después en miedo. Al caer al suelo, seguía mirándome. Entonces en sus ojos vi la muerte. Su rostro había adquirido un gesto tétrico, una mueca triste. Contemplé mi propio reflejo, que se perdió en la oscuridad de sus pupilas dilatadas.

Al final, tras aquella jornada en la que la vergüenza se instaló definitivamente en nuestra alma, no sobrevivimos más de doscientas personas, la mayor parte niños en estado de *shock*. Aquel infierno nos resultaba intolerable, pero no teníamos a dónde ir, así que, tras dos días de lamentos, silencios, gritos, maldiciones y plegarias, los que aún deseábamos vivir limpiamos el infierno. Fue durante aquellos días de limpieza y lamentos cuando la doctora se convirtió en la líder del centro de refugiados, centro de supervivientes para aquel entonces. Organizó homenajes a los caídos, consoló a los huérfanos, contuvo brotes de violencia desesperada, acompañó a los supervivientes en las plegarias y enjugó las lágrimas que se vertieron durante más de una semana. Por seguridad e higiene, los muertos fueron apilados lejos del refugio y se quemaron. Los vivos tuvimos que dormir a la intemperie un par de noches, hasta que el olor a lejía y desinfectante se hizo soportable. No podíamos limpiar el centro con agua; eso habría sido un derroche intolerable y una irresponsabilidad. Cuando se hubo llorado lo suficiente y se hubo limpiado lo suficiente, decidimos intentar seguir viviendo.

Nuestra vida había cambiado de nuevo. Habíamos dejado de ser refugiados bajo custodia militar, entre otras cosas porque ya no quedaban militares. Nos convertimos en una comunidad de supervivientes, heridos, tristes, cabizbajos, avergonzados, pero todavía vivos. La doctora organizó las tareas cotidianas, repartió responsabilidades y nos insufló esperanzas que las miradas de los niños, traumatizados, agradecían. A causa de la drástica reducción de habitantes en el centro, disponíamos de víveres para muchos meses y agua para más de un año. Sin embargo, había que pensar en buscar otro lugar para sobrevivir. Nosotros tres, lo que quedaba del comité científico original, éramos conscientes de que nuestro mundo agonizaba y de que su destino era convertirse en un desierto yermo, incompatible con la vida. No quedaban pozos ni acuíferos ni lagos ni ríos ni aguas continentales. Cincuenta años de muro habían bastado para desecar una cuarta parte del planeta Tierra. Si había alguna posibilidad, solo cabía buscarla en el muro, en el agua que contenía. Yo iré, nos dijo una mañana la doctora. Él y yo nos miramos. Llevo muchos años estudiándolo y sé conducir una moto, añadió echando una rápida

mirada a la motocicleta de aquel infeliz que no pudo ni saludar antes de que el capitán lo acribillase a balazos. Probaré los compuestos químicos que hemos desarrollado, buscaré un punto débil y volveré con una solución. Vosotros debéis aguantar, nos ordenó. Una semana después, tras preparar el carro con víveres, los aerogeneradores, el motor eléctrico y el equipo científico, la doctora habló con los supervivientes. Pronunció un bonito discurso. Se marchaba para salvarnos, para encontrar una solución. Nos pidió que colaborásemos para que la convivencia funcionase, que fuésemos tenaces, pacientes y generosos. La desconfianza y la venganza ya no tenían espacio en la comunidad que debíamos construir. Había que mirar al futuro, sentenció. Nos puso al mando a nosotros dos. La gente, asustada más que otra cosa, asintió. Después la acompañamos fuera. Nos prometió volver lo antes posible. Consultó una vez más el mapa del motorista y nos entregó uno de los dos pares de gafas que aquel desconocido trajo consigo. Por si tenéis que adentraros en la llanura, nos dijo. A continuación, nos abrazamos. Le deseamos suerte. Le pedimos que regresara pronto. No tardaré más de dos o tres meses, aseguró. Después la vimos alejarse, perderse en la inmensidad del páramo, en dirección al muro. Su imagen se desdibujó enseguida, engullida por la arena y por el viento, que soplaban de forma tenaz y que borró sus huellas en unos minutos, como si nunca hubiera pasado por allí.

El caos, los incendios, las rapiñas y la desbandada que se produjeron poco después de morir mi madre desembocaron en una crisis económica sin precedentes que afectó a todos los habitantes de la patria. Esa vez ni siquiera los poderosos se libraron del azote de la recesión. La otrora todopoderosa industria familiar se deshizo como un castillo de arena cuyos muros lamen las olas del mar. En pocos meses se hundió el valor de las acciones, se malvendieron fábricas y activos y se subastó casi todo. Me alegré de que mi madre no asistiera a aquella ruina. Mi trabajo en la universidad me salvó de hundirme junto a la fortuna familiar. No obstante, los secretos de aquella empresa murieron con ella.

La doctora recoge el libro del suelo, lo observa, lo hojea y sonríe. A continuación, se sienta a mi lado. Sabe que no soy una amenaza. Puedo gritar, insultar y echar espuma por la boca, pero no le haría daño. Tiene razón. Me ofrece una sonrisa maternal, me palmea la pierna y deja sobre ella la novela. Interesante lectura, dice al cabo de unos momentos de silencio. Luego me explica que las industrias de mi madre desarrollaron la nanotecnología, el material basado en el grafeno Enriquecido y la sopa biológica usando los códigos genéticos de diferentes especies arbóreas, siguiendo las fórmulas que

ella y el otro profesor habían desarrollado. Todo esto ya lo sabíamos, replico molesto, porque lo que me dice no es ningún secreto. Mi madre siempre había presumido de haber sido hábil, de haber movido los hilos precisos a fin de lograr las concesiones administrativas y los contratos públicos para la construcción del muro; solo para la construcción, no para el diseño, como me acaba de dar a entender. Sí, es cierto, la empresa familiar alzó el muro. Nuestra fortuna era buena prueba de ello. De hecho, la información y el dinero, al menos siempre lo creí así, habían sido las razones por las que el comité científico anhelaba que me incorporara al equipo de investigación. Lo que desconocía y lo que me explica ahora la doctora, sin hacer caso de mi tono de reproche, sentada a mi lado, apoyada, como yo, en esta incommensurable pared, es que el programa informático básico que contiene los algoritmos de crecimiento y que incluye la fórmula de interacción de todos los elementos utilizados en cada molécula del muro lo desarrollaron los ingenieros de la empresa de mi madre. Estos informáticos, me explica, introdujeron modificaciones tan profundas en el diseño original que nos ha sido imposible acceder a las entrañas del muro. Por eso, por los cambios que diversas manos fueron incorporando en las fórmulas, programas y algoritmos del proyecto primigenio que ambos científicos presentaron al Gobierno de la época y que nunca se explicaron a quienes idearon el muro en primer lugar, no se le ha podido hincar el diente en todos estos años. La doctora sabe que su esquema fue alterado más de lo que admitieron los pocos ingenieros de la empresa de mi madre de aquella época con los que pudo entrevistarse, y está segura porque su colega y ella habían incluido medidas de seguridad en el diseño, agujeros de protocolo o puertas traseras para poder acceder a la estructura molecular si algo iba mal. Además, me dice, uno de los informáticos me confesó que parte del trabajo fue subcontratado a otras empresas, violando así el contrato de exclusividad que había conseguido tu madre y perdiendo, de paso, el control sobre el desarrollo de un producto tan delicado y peligroso. De modo que, cuando el Gobierno acudió a las universidades pidiendo ayuda, la doctora comprendió que, si no estaban funcionando los protocolos que en su día habían explicado al ministerio, era porque las alteraciones en el programa informático que la empresa de mi madre y las que habían colaborado con ella habían introducido en el proyecto original debían de ser demasiado profundas. Para cuando el comité se puso a investigar, ya no quedaba casi nadie que supiera nada; algunas de aquellas empresas habían quebrado hacía años, no existían copias de los esquemas finales ni ingenieros que conocieran la fórmula completa ni los detalles del

programa encriptado en el ADN del muro. Simplemente había demasiados elementos, demasiadas modificaciones sobre el trabajo previo, demasiados ingredientes removidos por demasiadas manos, y había transcurrido demasiado tiempo desde que se habían cometido demasiados errores.

El problema al que teníamos que enfrentarnos, me dice esbozando media sonrisa, era una incógnita para todos, un rompecabezas sin solución, un puzzle inabordable y una sentencia de muerte.

Lo siento, me dice con firmeza y sinceridad al cabo de un rato en el que ambos hemos permanecido callados mirando hacia el páramo, estático aunque siempre cambiante, tras la cortina de viento. Nunca imaginé que ocurriría esto. He lamentado toda mi vida haber colaborado en el proyecto del muro. Fui una ingenua, una egoísta que creyó al Gobierno cuando nos aseguró que debíamos separarnos del resto del mundo para sobrevivir, que todos los que cruzaban nuestras fronteras lo hacían para hacernos daño, que cualquier extranjero era sospechoso y una amenaza para nuestra forma de vida. Fui una estúpida y una mala persona, admite bajando la cabeza. Y siento no haber sido sincera contigo y con el resto del comité, prosigue. Cuando te uniste a nosotros, tu madre ya había fallecido. Enseguida comprendí que no conocías los secretos que yo buscaba. Es probable que ni siquiera tu madre los conociese. Tampoco tenía sentido explicar toda la verdad al resto de nuestros colegas, desvelar mi verdadera identidad, someterme a un juicio sin sentido. Preferí poner todos mis conocimientos al servicio de esta causa, esforzarme al máximo y ahorraros una información que solo habría despertado recelos y un ambiente insoportable. Créeme, llevo media vida luchando contra este muro. He hecho todo lo que se me ha ocurrido para librarme del mundo de su amenaza. Pero a estas alturas, aquí, recostada en él, sintiendo su poder, puedo afirmar que he fracasado. Lo lamento mucho, bisbisea tras un momento de silencio con la voz quebrada, y entonces me da un beso en la mejilla. Siento el contacto de su piel, cálida, arrugada y temblorosa. Una lágrima de sus ojos se precipita sobre mi rostro, resbala y se pierde en mi barba polvorienta. La doctora se pone en pie. Avanza unos pasos. Se acerca a la corriente de viento, que arrastra una cortina de arena como un tenue muro seco que sí podemos atravesar, aunque solo conduzca a la nada. La observo. Se vuelve y me sonríe. Sus ojos brillan. Alza la vista y observa el muro. Lo odia, lo sé, pero también lo admira. En parte fue su creación y no puede evitar sentir un pellizco de orgullo en su interior, aunque le duela admitirlo. Consagró su vida a la ciencia, a desentrañar los secretos de la naturaleza, logró fusionar materia y vida, domar la mezcla y crear algo que podría haber servido para construir

edificios a prueba de terremotos, túneles submarinos, pozos en el desierto, puentes sobre el mar y bases estables en la Luna o en otros planetas. En cambio, su invento se usó para alzar el muro más alto de la historia, el monumento a la estupidez humana más grande jamás construido. Una memoria física a la inquina, al miedo y al egoísmo.

La doctora baja la mirada. Da un paso atrás. Separa un poco los pies para aferrarse a la llanura, para mantener el equilibrio. Toma la escopeta con ambas manos. Quita el seguro. Vuelve a sonreírme mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas sin control. Introduce el cañón en su boca. Grito. Su cabeza se deshace. El impulso lanza su enjuto cuerpo hacia atrás. El vendaval se lleva su sangre, sus sesos, su cráneo despedazado. A este lado de la cortina de viento quedan sus piernas, una mano, la culata de la escopeta. El eco del disparo retumba en mi pecho, corre entre ambos muros, el de verdad y el de viento, a lo largo de un pasillo ocre, polvoriento y triste. Por fin reacciono. Mis miembros recuperan las fuerzas. La adrenalina cumple su cometido. Me levanto de un salto. Me abalanzo sobre su cuerpo. Introduzco el mío en el vendaval. Siento la arena clavándose en mi piel como una miríada de agujas que se arrojan con saña sobre mí. Veo lo que queda de ella. Sus ojos siguen abiertos, húmedos, aunque ya se cubren de una fina capa de polvo y arena. En ese momento, escucho algo a mi lado, la sacudida del papel azotado por el viento, los inconfundibles latigazos que producen las hojas cuando pasan con violencia. Miro hacia el lugar donde he oído el restallar de páginas. Comprendo. Al levantarme, mi libro, apoyado en mi muslo, ha caído en la frontera entre el pasillo en calma y la corriente de viento. Este lo está arrastrando, succionándolo hacia su loca carrera alrededor de este trozo de mundo. Las hojas, que habían caído en su mayor parte hacia el corredor en calma, van pasando con fuerza hacia el otro lado. La arena lo empuja. Pronto echará a volar. Me levanto. El viento me impulsa. No quiero perderlo, no puedo. Comprendo en este momento que ese libro ha sido lo único que me ha mantenido anclado a la cordura, lo único que me ha permitido ser yo, amar a quien quise, derribar el muro que mi origen y nuestra posición social habían levantado a mi alrededor para alejarme de la gente que sufría, de las personas que nunca lo tuvieron fácil; lo único que me ha ayudado a no ignorar a mis congéneres, a no desdeñar la naturaleza, a encontrarle un sentido a caminar por este mundo. Las páginas pasan deprisa. Solo queda la tapa a este lado. Doy dos pasos vacilantes. Tropiezo. Me entra arena en los ojos. El libro se cierra. Trato de mirar su portada, de leer el título, de aferrarme a su existencia, de salvar el nexo que me ha mantenido cuerdo y vivo, de

conservar el ancla. Sin embargo, me queman los ojos, apenas logro abrirlos, no distingo las letras en la tapa, están del revés. El viento lo arrastra, lo incorpora a la corriente y mi libro echa a volar. Se aleja envuelto en arena, sacudiendo sus hojas como si aleteara en libertad, con voluntad propia. Se va. Desaparece de mi vista. Grito. Alargo los brazos en un intento inútil e infantil de recuperarlo. Lo he perdido para siempre. Y con él me pierdo yo también. Sucumbo yo también a los pies del muro.